ANTONIO PASO Y JOSÉ ROSALES

MIMOSA

COMEDIA

EN TRES ACTOS, ORIGINAL

Y EN PROSA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24.
1922

MIMOSA

MIMOSA

COMEDIA

EN TRES ACTOS, ORIGINAL Y EN PROSA

DE

Antonio Paso y José Rosales

Estrenada el 18 de Marzo de 1922
en el TEATRO REY ALFONSO



MADRID
IMPRENTA DE LA CORRESPONDENCIA MILITAR
Pasaje de la Alhambra, 1
TELÉFONO 18-40
1922

Reparto

PERSONAJES	ACTORES
PIEDAD...	Pura Mareca.
MILAGROSA...	Nieves Suárez.
DOÑA MICAELA...	Virginia Alverá.
DIANA...	Margarita Gelabert.
VIOLETA...	Carmen Armenta.
GRACIAN...	Emilio Thuillier.
HORACIO...	Salvador Mora.
JULIO...	Julio Villarreal.
DON ARTURO...	Carlos Rufart.
DON SABAS...	Antonio P. Camacho.
MANOLO...	Maximino Fernández.
RODRIGUEZ...	J. Ruiz.
PEREZ...	Juan Román.
GUTIERREZ...	Juan de Terry.
FERNANDEZ...	Luis Barraycoa.
ALBERTO...	Juan Román.
FELIX...	Luis Barraycoa.
MONAGUILLO 1.º...	Antonio Fernández.
MONAGUILLO 2.º...	Rafael González.
TRAMOYISTA 1.º...	No hablan.
TRAMOYISTA 2.º...	
UNA VOZ...	Segundo apunte.

Epoca actual.





Acto primero

Decoración: El coro de una iglesia cualquiera de Madrid.—Todo el foro lo cruza una balaustrada que se supone da sobre la iglesia y cuya parte superior se verá pintada en el telón de fondo. A ser posible, desde la balaustrada al telón de foro deben levantarse unas cuantas tablas para que desde el foso suban, de cuando en cuando, oleadas de incienso que completen con su olor la ilusión escénica. Muy quedo, para no interrumpir el diálogo escénico, debe escucharse también el murmullo de los rezos de las beatas. En el coro, en la parte derecha del actor, se verá el órgano, simulado o pintado, y cuyo servicio lo hará un armonium colocado detrás; varios atriles alrededor, dos bancos de madera y algunas sillas.

A la izquierda, siempre del actor, pequeña puerta de entrada, y encima una ventana practicable, de cuya hoja pende una cuerda para cerrarla. Por la ventana penetra un rayo de sol que da en el órgano.—Son las nueve de la mañana de un gran día de verano.

(Al levantarse el telón, RODRIGUEZ está debajo de la ventana quitándole la funda al contrabajo; GUTIERREZ, cerca de uno de los bancos, tiene en la mano derecha el clarinete y en la izquierda una cafetera de las que usan en los cafés y por cuyo pitorro, a su debido tiempo, beberá. FERNANDEZ prepara el violín y al mismo tiempo moja buñuelos en un vaso de café que tiene en una silla delante de él. PEREZ moja también buñuelos en otra cafetera que tiene delante. MONAGUILLO 1.º y MONAGUILLO 2.º figura que están concluyendo de limpiar el órgano y de colocar las sillas y los atriles.)

(Por la puerta de la izquierda entra DON SABAS (es el organista.)

Sabas Santas y buenas, «petites» cardenales.

Monag. 1.º Muy buenas, don Sabas.

Sabas ¡Caramba, no sé qué me da veros tan encarnados...; parece que tenéis la escarlatina!

Monag. 2.º Hoy no ha sido usted el primero, como otras veces.

Sabas En efecto, me he retrasado un poco... ¡Ah!, pero hay mucho tiempo. ¿Sabéis si afinaron y arreglaron el órgano?

Monag. 1.º Ayer estuvieron trabajando en él toda la tarde.

Sabas A mí se me olvidó recordárselo al señor cura... ¡soy tan frágil de memoria!... Y eso que llevo un librito de apuntes para que no se me olvide nada.

Monag. 2.º Ahora tendrá usted muchas funciones de iglesia.

Sabas No faltan; mirar, aquí tenéis mi dietario. *(Saca un libro pequeño y lee.)* Jueves, 15, a las nueve, casamiento.—«Marcha de las bodas», de Mendelssohn. Por la tarde, en Atocha, bautizo.—«Ave María», de Gounod. Por la noche, en la Paloma, «Ave» también.—Para mañana tengo: *(Vuelve la hoja.)* En las Niñas de Leganés, el «Stabat Mater», de Rossini, y en el Convento de las Descalzas, una fuga de «Bach», que por cierto se me olvidó apuntar. *(Apuntando.)* Fuga, Monjas Descalzas.

Monag. 1.º Bueno, pues esto ya lo tiene usted listo.

Monag. 2.º Nosotros nos vamos a la sacristía, que hoy creo yo que no lo perderemos.

Sabas Sí, ya sé que se trata de una boda de rumbo.

Monag. 1.º Ella es la que, según dicen, está forrá de billetes.

Sabas *(Suspirando.)* ¡Ay! No sabéis lo que abriga un forro así.

Monag. 2.º Hasta luego.

Sabas Andar con Dios, hijos.

(Los Monaguillos hacen mutis por la puerta; Don Sabas se dirige al órgano, se sienta frente a él y figura que lo examina.)

Rodríg. Las ocho y media, y ya empieza a sentirse el calor. ¡Hoy va a hacer un diíta de prueba!

Sabas *(Probando el órgano.)* A ver, Gutiérrez, dame el sol.

(Gutiérrez deja de chupar el pitorro de la cafetera y sopla en el clarinete, dando un sol.)

Sabas *(Repitiendo en el órgano.)* ¡Vaya un arreglito que han hecho! Está peor que antes. Mirar, el registro de la voz humana más alto que el de la voz celeste. No, esto se lo digo yo al señor cura. Yo no soy de los que toleran una voz más alta que otra. *(A Gutiérrez.)* Anda, hijo, repite.

Gutiérrez *(Dejando de chupar en el pitorro.)* ¿Sol, verdad?

Sabas Sí, el sol.

(Gutiérrez da un sol y sigue chupando en el pitorro.)

Sabas Sigue.

(Gutiérrez se equivoca, y en vez de soplar en el clarinete sopla en el pitorro, haciendo salir el café, que se derrama.)

¿Qué haces, hombre?

Gutiérrez Dispense usted, es que me he equivocado de boquilla.

Sabas Anda, dame el sol. *(Gutiérrez obedece.)* Oye, Rodríguez, entorna esa ventana, que me está dando el sol. *(Rodríguez coge la cuerda y entorna la ventana.)*

Pérez *(A Fernández.)* Tú, déjame la cucharilla, que se me ha caído un buñuelo dentro y, con el tamaño de esta cafetera, necesito un buzo para sacarle.

Fernánd. Sácalo con los dedos.

Pérez ¡Pero, hombre! ¿Tanto te cuesta dejarme la cucharilla? En cuanto salga el buñuelo te la devuelvo.

Fernánd. ¡Que no me da la gana, ea!

Sabas *(Sin volverse de su asiento.)* ¿Ya están ustedes de gresca? Pues hoy les suplico que tengan cuidado con lo que tocan, que es obra de Mendelssohn. No vaya a salir un buñuelo.

Pérez En eso estámos.

(Pérez toca en el violín el Tápame, tápame, tápame, que tengo frío...*)*

(Lo hace entre cajas uno del sexteto, y figura que toca Pérez.)

Sabas *(Alarmado.)* ¿Qué es eso? Por Dios, Pérez, temple usted con otra cosa, que estamos en el templo.

Pérez ¿Pero con qué templo? Además que es molto piano.

Sabas Sí, pero resulta molto descarado. ¿Qué hace usted, Gutiérrez?

Gutiérrez Acabando el mojen.

Sabas Pues dese usted prisa, y vaya poniendo los papeles en los atriles.

Gutiérrez La marcha, ¿verdad?

Sabas Sí, la marcha.

(Por la puerta aparece HORACIO BORREGO, de unos cuarenta años, bien conservado, algo descuidado en el vestir; es un artista de varietés, cuyo trabajo consiste en decirle al público adivinanzas, chistes, colmos, etc., etcétera, y se anuncia con el pomposo título de «El as de la gracia.»*)*

Horacio *(Asomando la cabeza.)* Santas y apostólicas.

Rodríg. ¡Calla! ¡Borrego!

Horacio *(Pasando.)* ¡Rodríguez! ¿Pero tú no estabas tocando en el Ideal Cochambre?

Rodríg. Estaba y estoy. Ahora que por las mañanas aprovecho todo lo que me sale, porque lo que es con el sueldo solo... ¿Pero a qué vienes tú por aquí?

Horacio Vengo de pie.

Rodríg. Ya lo veo.

Horacio De Pie de Concha... De introductor de embajadores... ¿No os ha dicho nada el señor Sabas?...

Rodríg. No; hace un momento que ha llegado; allí lo tienes examinando el órgano. *(Llamando.)* Don Sabas...

Sabas *(Sin volverse.)* ¿Qué pasa?

Rodríg. Que está aquí Horacio Borrego.

Sabas *(Volviéndose rápidamente.)* Ah, sí... *(Con interés y misterio.)* ¿Qué?... ¿Está ahí?

Horacio Debe estar al llegar. Seguramente la causa del retardo es que estará esperando que el padre ahueque... pero no tardará, no... Viene con Milagrosa, con mi mujer.

Sabas *(Con miedo.)* Oye, Horacio: me has respondido con tu cabeza de que no tendremos un espectáculo... ¡Figúrete el conflicto que sería para mí; perdería el puesto aquí... se me cerrarían las demás iglesias!...

Horacio Teclea tranquilo, que la chica, antes de emitir un grito, se secciona la nuez.

Rodríg. ¿Pero de qué se trata?

Sabas Un favor que me ha pedido éste.

Horacio *(Interrumpiéndole.)* Este es Horacio Borrego,

artista de varietés conocido con el sobrenombre de «El as de la gracia». Servidor de ustedes.

Sabas Ah, sí; es verdad, he debido presentarte...

Gutiérrez Yo lo conozco mucho. He tocado en Romea cuando él trabajaba...

Fernánd. Yo también lo he visto a usted en Parisiana.

Horacio Es verdad; en Parisiana he estado cinco semanas.

Pérez Y a mí me parece haberle visto en Ocaña.

Horacio Exacto. En Ocaña he estado seis meses y un día. En los pueblos tengo un partido loco. Como mi trabajo se reduce, como ustedes saben, a entretener al público con cosas de ingenio... chistes... colmos... parecidos... los pueblerinos son más fáciles de vencer. Aquí en Madrid hay que aguzar más el ingenio...

Sabas Bueno, a lo que íbamos: éste me ha suplicado que deje presenciar desde esa baranda *(Por la del foro.)* la ceremonia del casamiento a una joven protegida o amiga suya...

Horacio Hija de un amigo mío, casi un hermano. Quizá alguno de ustedes lo conozca, porque es también artista y ha trabajado en Madrid. El señor Gracián el ventrílocuo.

Gutiérrez ¿No es uno que presenta dos muñecos, que los llama?...

Horacio *(Cortándole.)* El señor Pepe y la señá Pepa. El, con su sombrero ancho metido hasta las cejas, embozao en su pañosa...; ella, con su mantón alfombrao, sus arracadas que le caen hasta el pescuezo, su golpe de peineta...

Gutiérrez ¡El mismo, el mismo!

Horacio Figuran dos aficionados de aquellos antiguos, de los clásicos...

Gutiérrez Dicen cosas muy graciosas y muy intencionás.

Horacio ¡Mucho, como que el señor Gracián es un artista!

Gutiérrez Y buena persona.

Horacio ¡Más que bueno! Yo no sé cómo sería el ángel que Dios envió al Paraíso a echar a Adán y a Eva; pero envía al señor Gracián, y no los echa.

Rodríg. ¿Y la hija, por lo visto?...

Horacio ¡Una tragedia, queridos filarmónicos! Una tragedia que la cuento a veces desde esa balaustrada y llora hasta el caballo de Santiago y se empañan las cornucopias.

Pérez ¿No nos estará usted preparando un chiste?

Horacio Desgraciadamente, hablo en serio.

Rodríg. ¿Pero por qué quiere la chica presenciar la ceremonia desde ahí? *(Señalando la barandilla.)*

Horacio Para ver y que no la vean.

Gutiérrez ¿Y por qué?

Horacio Porque el que se va a casar es su prometido.

Fernánd. ¡Arrea!

Sabas Si se casa con otra, ¿cómo es prometido de ella?

Horacio No será prometido; pero que se lo tenía prometido... eso, estas orejas, que completan mi óvalo facial, lo han oído más de una vez.

Rodríg. Parece que llegan...

Horacio Ellas son..., seguro.

Sabas Borrego, no te suplico más que...

Horacio No te preocupes, hombre, que no ocurrirá nada.

(Entran PIEDAD, de unos veintidós años; viste bien, pero sencilla, sin lujo ni ostentación; le acompaña MILAGROSA, de unos cuarenta y cinco años, que vestirá por el estilo, y habla con exagerado acento madrileño. Las dos con velo en la cabeza.)

Milag. *(Desde la puerta.)* ¿Hay licencia?

Horacio Pasar, pasar.

Milag. *(Entrando, seguida de Piedad.)* Alabado sea el Señor.

Horacio *(Indicando a don Sabas.)* El señor...

Milag. Sí, el Señor; tú como eres un herejote...

Horacio Si digo que el señor Sabas, mi amigo y cabeza visible de esta pequeña sinfónica; el que estemos donde estamos no quita para que se haga la debida presentación. *(Indicando a Rodríguez, Fernández y Pérez.)* Tres que rascan, *(Idem a Gutiérrez, que en ese momento está sorbiendo el café.)* uno que sopla...

Rodríg., **Gutiérrez**, **Pérez** Servidores de ustedes.

Horacio *(Continuando la presentación.)* Milagrosa Requejo, mi cónyuge, y Piedad Fernández, de la que hace un momento les he hablado a ustedes...

Milag. Muy servidora de todos.

Piedad Y agradecida por el favor.

Sabas ¡Bah! Esto no vale la pena; digo no vale la pena, si, como me ha asegurado Horacio, usted es dueña de sus nervios.

Milag. Por la chica no pase usté cuidao.

Sabas ¿Está serena?

Milag. Está para cruzar el Niágara en un alambre, con eso se lo digo todo.

Sabas Pues no sabe usted lo que me tranquiliza; en primer lugar, por la responsabilidad que desde luego me alcanzaba, y en segundo, porque... ¡qué caramba!... siempre es triste presenciar el espectáculo de un dolor..., porque, no hay que darle vueltas, lo que usted va a presenciar no es para que rompa a reir.

Milag. Para que rompa a reir, no; pero para que rompa otra cosa, sí; por ejemplo, las narices de ese sinvergüenza.

Horacio *(Reprendiéndola.)* Milagrosa, que tú no vienes como excitante; tu misión es la de sedante...

Piedad No se preocupe usted, padrino, sé dónde estoy y el respeto que debo a esta casa; ya sé yo que lo que voy a ver es para mí más doloroso que si una mano de fuego me estrujase el corazón; pero estén ustedes tranquilos, que yo sabré vencerme, morirme, si fuera preciso.

Milag. *(Indignada.)* ¡Hija de mi alma! Y luego dicen que hay...

Horacio *(Conteniéndola.)* Milagrosa, que estás en una parroquial. Esas dudas, en la calle de las Beatas, 18, donde vivimos, pueden pasar; aquí, no.

Milag. Yo lo que te digo es que a mí me pones en el caso de ésta, y ese granuja se casa; pero que la luna de miel la pasa en el Sanatorio de Guadarrama, eso, si desde aquí me oye algún santo que me lo tome en cuenta, tísico lo dejaba del puñetazo que le daba en el pecho. *(Indignándose.)* ¡Ladrón, más que ladrón!

Horacio Milagrosa, cuidao con las palabras.

Milag. He dicho ladrón.

Horacio Sí, pero suponte tú que te oye San Dimas... y lo toma a mal.

Milag. ¡Pero no da pena que se le haga a esta criatura lo que se le hace y no haya un condenao

tribunal que ahorque a ese charrán en veinticuatro horas!...

Piedad No se excite usted, madrina; después de todo, ¡quién sabe!, puede que sea un bien.

Horacio ¡Ah, eso no te quepa duda! Ese hombre ni te quiere ni te ha querido...

Piedad *(Con tristeza.)* Pero yo sí, lo he querido y lo quiero...

Sabas ¿Han tenido ustedes relaciones mucho tiempo?

Piedad Cinco años.

Milag. Y en los cinco años han estao dos veces con un pie en casa y otro en la Vicaría.

Piedad El año pasado ya estuvimos para casarnos; pero cogió una bronquitis y se agravó de tal manera, que estuvo si se iba o se quedaba.

Milag. Miá qué lástima no se hubiera ido.

Horacio Y, que si se va, no vuelve...

Rodríg. De modo que, a pesar de la charraná, usted chifladita...

Piedad ¿Por qué he de negarlo?... Lo quiero... como no pueden ustedes darse una idea. ¡No he tenido otro novio! El llamó por primera vez a mi corazón con palabras que nunca las podré olvidar; cuando empezaba a correr por la vida tropecé con él, tropecé y me asestó la puñalada de sus ojos; de sus ojos, que hablaban de promesas y dichas, que me hacían estremecer de felicidad. Antes de conocerle, todo mi anhelo era ser artista, como lo fué mi madre, como lo es mi padre; los que me oían cantar y bailar decían que yo tenía grandes condiciones, que podía llegar a ser una estrella, y con ser una estrella soñaba; a mi padre tampoco le disgustaba que lo fuese... pero llegó él, y a él sí le disgustó: me dijo que para hacerme su mujer tenía que renunciar a mi sueño; que la carne de teatro era carne de pecado, y a mis sueños renuncié como hubiese renunciado a todo, porque él lo quiso, porque él lo mandó.

Horacio Un caso así como el de doña Juana la enajenada.

Piedad Sí, padrino; loca.

Sabas ¿Y él qué es?

Milag. Ya se puede usted dar una idea... El es muy útil pa un verano, porque lo acerca usted a una salamandra y la constipa.

Horacio Uno de esos que ahora llaman pollos bien.

Pérez ¿Pero habrá habido entre ustedes algún disgusto?...

Piedad Ninguno.

Rodríg. Acaso a la familia de él le haya parecido mal que...

Piedad Tampoco.

Sabas No me lo explico... A no ser que la señora que dentro de poco va a ser suya sea una belleza de esas que arrastran a un hombre a toda clase de locuras.

Horacio ¡Cuarenta y tantos años!

Milag. ¡Y picá de viruelas!

Pérez ¿Será posible?

Milag. Como ustedes lo oyen: tie la cara con más baches que el segundo trozo de la Gran Vía, y que cuanto más mejunges y emplastos se da, más se le notan los hoyos. ¡Hay que verla! Tie uno aquí, salva sea la parte, que no se le ve el fin; pa mí que se lo lava con una sonda.

Horacio Y si ya que no hay cara hubiese curvas; pero sí, sí..., está como los railitos del tren: to seguío, to seguío.

Gutiérrez Pues eso que ustedes detallan es una birria.

Horacio No vayan ustedes a creer que exagero; pero a mí me dan esa señora y me tienen que dar además el Señor, porque me pongo a la muerte.

Sabas Pues sigo sin explicarme...

Milag. Pues es bien fácil la solución: que tiene la mar de millones.

Sabas ¡Acabáramos!

Piedad *(Con pena.)* ¡Se ha vendido!

Milag. Yo no quería decirlo, pero eso que acabas de decir es lo que se celebra ahí abajo.

Horacio Lo mismo que podía haber comprao un cortijo... o una casa, o un collar de perlas..., pues ha comprao un marido.

Milag. Esta no podía darle más que su honradez y su cariño, y la otra... hotel... automóviles... los veranos lo llevará al Norte, los inviernos lo llevará al Mediodía...

Horacio Y muy pronto lo llevará al Este, porque está pa pocas bromas...

Milag. No lo creas; bicho malo nunca muere.

Sabas O a saber si a los tres meses están cada uno

por su lado, porque esos matrimonios así no suelen ser duraderos.

Milag. Ca, no lo crea usted; ésa no le deja escapar ni a tiros; ¡no ve usted que el muchacho lo vale!

Rodríg. ¿Es buen tipo?

Milag. Si to lo que tiene de guapo lo tuviese de bueno, era pa meterlo en una hornacina y encargarle dos velas. ¡De dónde si no iba a estar esta hija mía como está! Ahora que tiene unos ojos que mira y taladra, y unas pestañas que cuando despierta se las tien que levantar, porque él no puede de lo que le pesan, y luego un hablar entre romántico y epigramático...

Piedad *(Suplicante.)* Madrina...

Milag. Sí, hija, sí; ya sé que te estoy dando el té, pero es que se pone una a charlar y no sabe sujetar la lengua.

Sabas ¿Y el señor Gracián, qué dice?

Horacio Nada: es muy prudente... muy callao... Ahora que, como vulgarmente se dice, la procesión va por dentro.

Milag. Ve sufrir a su hija y sufre... Figúrense ustedes, son ellos solos en el mundo.

Sabas No sabrá que ha venido usted...

Milag. ¡Qué va a saber!

Piedad No me hubiese dejao venir.

Milag. Por eso hemos tardao algo más, por esperar a que él se fuese, porque si salimos antes... qué sé yo... él, aunque no da a entender una palabra, sabe, como nosotros, que hoy es el casamiento, y sabe la iglesia y lo sabe to...; por eso le aconsejé yo a ésta que fingiese despreocupación, alegría, porque si su padre la ve llorar... qué sé yo... Es muy bueno el señor Gracián, pero todo lo que tiene de bueno lo tiene de hombre, y en un minuto de arrebato es capaz de presentarse en la iglesia y...

Horacio Calla, Milagrosa, calla; si mi compadre se presenta en la ceremonia, tie que venir un camión por los lesionaos.

Pérez Y no le faltaría razón.

(En este momento aparece en la puerta el señor GRACIAN; es un hombre de unos cuarenta y cinco años; viste americana cuadrada, pantalón negro, sombrero flexible, el pe-

lo enmarañado, un poco en desorden y a lo artista; la cara afeitada por completo. Debe notársele una gran palidez.)

Gracián *(Apareciendo.)* Buenos días.

Horacio
Milag. } ¡El!

Piedad ¡Mi padre!

(Todos se levantan movidos como por un resorte.)

Gracián Les ruego que no se molesten y al mismo tiempo que perdonen si me he atrevido... pero... la necesidad de evitar una locura...

Piedad *(Temerosa y suplicante.)* ¡Padre!

Gracián *(Cariñoso y disimulando su dolor.)* Vamos, vamos, no te preocupes... Si no vengo enfadado... si esto que ibas a hacer es una chiquillada, hasta cierto punto disculpable; en quien no es tan disculpable es en esos; *(Señalando a Horacio y Milagros.)* pero también lo es: te quieren mucho y no han sabido negarse a este deseo tuyo.

Piedad *(Más temerosa y echándose en sus brazos.)* ¡Padre!

Gracián Te repito que no te preocupes...

Milag. ¿Pero quién te ha dicho?...

Gracián ¿Que estábais aquí?... Nadie... ¿De qué me serviría esta nieve que empieza a cuajar en mi cabeza y toda una vida dedicada a esta hija mía, si no supiese leer en su pensamiento? Me lo ha dicho ella, me lo has dicho tú. *(A Milagrosa.)* Mal disimulabais vuestra inquietud hace una hora, cuando yo a cosa hecha tardaba en dejaros solas. *(Con amargura.)* Ya me presumía yo que vendríais. Ahora que creí que estaríais en los alrededores... quizá en la misma iglesia, pero aquí...

Horacio Lo de aquí ha sido cosa mía, y perdona.

Gracián Ya te he dicho que, aunque no me parece bien, lo encuentro disculpable.

Horacio La chica me lo suplicó, y como aquí don Sabas es un buen amigo mío... Desde ahí *(Señalando al foro.)* ve y no la ven.

Gracián Desde ninguna parte... Ese... espectáculo no debe verlo ésta desde ninguna parte.

Piedad *(Suplicante.)* Sí, padre; déjeme usted.

Gracián *(Siempre aparentando calma, pero dominando un gran dolor.)*

¡Bah! no seas chiquilla... ¿Para qué tortu-

rarte y torturarnos a los demás?... ¿Qué adelantas con añadir al dolor de lo pasado este otro nuevo dolor?

Piedad Es que... me parece que no es verdad nada de lo que ha pasado... de lo que va a pasar... ¡que todo es un sueño!... que llegado el momento de la ceremonia él no va a decir que sí...

Gracián ¡Cuando te digo que eres una chiquilla!... La ceremonia se verificará... él dirá lo que debe decir, lo que está obligado a decir... que sí... y se casarán, y aquí paz y después gloria.

Milag. ¿Gloria?... Infierno es lo que se merecían lo mismo él que ella.

Gracián Bueno, bueno, no echemos leña al fuego, que a nada conduciría más que... *(Reconcentrando las palabras.)* a lo que no quiero que llegue. *(A Piedad.)* El mismo pesar que desgarra todo tu cuerpo desgarra el mío; el mismo dolor que te ahoga me ahoga a mí, ¿cómo no? Pero yo soy fuerte, sé soportarlo, sabré vencerlo... Tú estás más delicada, te engañan los nervios prometiéndote una calma que no podrás tener...

Piedad Sí, padre, sí...

Gracián Te engañan, repito, y si llegado el momento tú... no quiero pensarlo... Anda, anda, vámonos...

Piedad Yo le juro a usted que...

Gracián No me jures nada... Jamás me negué a un deseo tuyo, pero esta vez... no puede ser.

Monag. 1.º *(Asomando la cabeza por la puerta.)* Señor Sabas, que se prepare usted, que van a salir de la sacristía para el altar.

Sabas *(Volviéndose al órgano.)* Vamos... ya sabéis, la «Marcha de las bodas», de Mendelssohn. *(Los músicos se preparan.)*

Piedad *(Más suplicante.)* Lo oye usted... Un momento ya... déjeme, padre...

Milag. Déjala, hombre.

Horacio La chica está tranquila.

Gracián No os empeñéis...

Milag. *(Que momentos antes se dirigió a la barandilla del foro, dirá.)* Ya salen, ven... mira... *(Piedad avanza al foro a colocarse en la barandilla al lado de Milagrosa, abajo en el foro, o de no poder ser, en las laterales se percibirá el ruido de la gente, pequeños murmu-*

llos... toses, etc. Este momento queda a cargo del director de escena.)

Piedad ¡Qué traje más blanco! ¡Como el que yo empecé a hacerme!

Milag. Sí, pero qué mal le sienta. ¡Qué desastrá! Fíjate en el ramo de azahar. Paece que le sale de un sobaco... El no va mal, ¿verdad?... *(Piedad no contesta, aparta la vista del fondo de la iglesia y desde este momento hasta el final del acto una agitación nerviosa, que tratará de disimular, agitará su cuerpo.)*

Milag. Ahora les va a preguntar lo de costumbre. *(Echándose más sobre la barandilla.)* A ver si lo oímos.

Sabas Sí, pero será usted sola, porque al acabar el ritual tengo yo que atacar.

(Se hace un gran silencio. Lejos se percibirá una voz que no llegará muy clara ni fuerte a la escena, que pregunta: Teresa Fernández de las Torres: os dais y otorgáis por esposa y mujer de Julio Rodríguez del Valle, como lo manda Dios y la Santa, Católica y Apostólica Iglesia Romana ordena. Hay una pequeña pausa, en la que se supone que ha dicho que sí.)

Milag. Ya lo creo; cuándo te verás en otra.

(Vuelve a oirse la misma voz que hace la misma pregunta empezando por Julio Rodríguez del Valle, y ya es conveniente que no se oiga tan clara, sino perdiéndose un poco, como un rumor. Gracián, al empezar la pregunta, avanza despacio a colocarse al lado de Piedad. Al calcularse que ha terminado la pregunta se oye la voz de Julio contestar sí.)

Milag. *(Al oirlo, grita reconcentrada, sin subir la voz.)* ¡Ladrón!

(Y en ese momento Piedad cae sobre su padre, desmayada, y el señor Sabas dice a los músicos.)

Sabas ¡Venga!

(El sexteto o cuarteto del teatro, que estará oculto detrás de la lateral, y el armonium, romperá a tocar la «Marcha de las bodas», y los artistas figuran desde la escena que tocan.)

Gracián *(Al ver a Piedad caer sobre él.)* ¡Hija! ¡Hija mía!

Milag. *(Dándose cuenta y acercándose a ella.)* ¡Chica!...

Horacio *(Idem.)* Piedad...

Gracián *(Exaltándose.)* ¿Veis cómo le engañaban los nervios? ¿Veis cómo le engañaba el corazón?

Milag. *(Asustada.)* Pero esto no será nada.

Gracián *(Con más rabia)* Quiera Dios que no lo sea, porque de serlo... de serlo...

(Levanta el brazo que le queda libre, y con el puño cerrado lo dirige en actitud hostil hacia la iglesia. En ese preciso momento, en el foro, se oyen grandes voces que gritan: ¡Vivan los novios!... *El sexteto continúa y va cayendo el telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

Acto segundo

La escena representa una especie de saloncillo o foyer *en un* Teatro Kursaal *que se supone en Madrid.—Al foro, en el centro, puerta de entrada. Primer término lateral izquierda del actor, puerta pequeña con letrero, en el que se leerá* Dirección. *Segundo término, un gran arco con un letrero, en el que se leerá* Paso al escenario. *En la lateral derecha, otra puerta, con foro de pasillo, en el que se verán pintadas una o dos puertas de cuarto de artistas, pero que dé la idea que continúan las puertas. A los dos lados de la puerta del foro, diván que ocupa todo el testero. Por las paredes retratos, carteles,* afiches, *etcétera, etc. Alumbrado eléctrico a gusto del escenógrafo. Una mesa pequeña en el centro y dos sillas, una a cada lado. Sobre la mesita, periódicos ilustrados.—Son las once de la noche.*

(Al levantarse el telón forman animado grupo VIOLETA, bailarina de esas baratas, que aún viste el traje que pudiéramos llamar de faena, y que no es ninguna cosa del otro mundo: es joven y bonita, si puede ser; DOÑA MICAELA, madre, al parecer, de Violeta, cuya descripción es inútil, al decir que es madre de una bailarina barata. Doña Micaela, más que comiendo está dovorando un bocadillo y tiene sobre la mesa un bock de cerveza. MANOLO, pollo, sino bien, *como ahora se dice, por lo menos regular, es novio de Violeta. DIANA, es otra artista joven, que vestirá traje de manola con mantilla y una gran peineta. Violeta es bailarina, Diana coupletista.)*

Violeta ¿Está usted viendo, madre, cómo yo llevaba

razón?... Este *(Por Manolo.)* se ha enterao de to.

Micaela *(Comiendo.)* ¡Ah, sí!

Violeta Pero lo que se dice de to...

Micaela *(Sin dejar de comer.)* Entonces ese don Julito...

Manolo Efectivamente, fué hace tiempo señor y dueño del corazón de «Mimosa»; entonces ella ni era artista, ni se la conocía más que por Piedad, la hija del señor Gracián el ventrílocuo.

Diana Sí, pero lo que no sabes tú es que de la noche a la mañana la dejó con el traje de boda a medio pespuntear, y se casó con otra.

Manolo Yo lo sé todo.

Micaela *(Comiendo.)* Cuenta, hijo, cuenta... Cada día hacen los bocadillos más pequeños en este dichoso bar... *(A Manolo.)* Otra noche me lo mandas traer del de la esquina de la calle, que lo dan que sale el jamón por los costaos... *(Bebiendo.)* ¿De modo que es verdad que la «Mimosa» y Julito?...

Manolo Tuvieron relaciones mucho tiempo, y él la dejó y se casó, como ha dicho Diana, con otra, muy rica por cierto.

Micaela Qué charranes sois tos los hombres.

Manolo La muchacha cayó enferma y estuvo muy mala; pero como ya sabe usted que nadie se muere de amor, pues se rehizo, y el padre, para matar el recuerdo de lo pasado, la dedicó al arte, y ahí la tienen ustedes hecha una artistaza.

Micaela Ya lo creo que es buena.

Diana Por lo menos al público así le parece.

Micaela Lo chocante es que desde que debutó, el tal Julio no falta al palco proscenio... Y, según dicen, le echa unas miradas...

Violeta Y ella a él; eso lo he visto yo con estos ojos...

Micaela Y el ventrílocuo, en la higuera.

Diana El pobre hombre no vive más que pa sus muñecos. Ahora está en escena haciendo las delicias del público; por cierto que, si no estoy equivocada, esta noche es la última.

Manolo El cartel, por lo menos, anuncia su despedida.

Violeta *(Viendo llegar a DON ARTURO.)* Aquí tenemos a nuestro empresario.

(Por la puerta de la derecha sale don Arturo,

hombre de cuarenta y cinco años: El actor puede caracterizar el tipo a su gusto.)

Arturo *(Entrando.)* ¡Hola! Reunión de rabadanes... ¿Qué? ¿A quién estamos despellejando? ¿Qué señora o caballero ha tenido la suerte de caer hoy en vuestras lenguas?

Manolo Quién ha de ser: la de siempre.

Arturo ¡Ah, vamos, continúa sobre el tapete «Mimosa»!

Micaela ¡Como es la estrella!...

Violeta *(Con intención.)* Ahora que el mejor día pué que se quede usté sin ella.

Diana O la mejor noche.

Arturo ¿Eh, qué dicen ustedes?

Micaela Usté, por lo visto, no está enterao de na...

Arturo Yo, mi querida doña Micaela, lo sé todo y no sé nada. Un empresario es un diplomático: vista, oído y las palabras con cuenta gotas.

Micaela Entonces usté sabe que ese Julito y «Mimosa»...

Arturo ¡Qué no sabré yo! ¡Ahora que como mi sistema es no decir esta boca es mía!...

Diana *(Echándole los brazos sobre el hombro.)* Vamos, cuéntenos usted lo que sepa; no sea usted así.

Arturo Querida Diana; ya sabes que no me gusta... Un empresario...

Diana Sí, es un diplomático. Ya nos lo ha dicho usted treinta veces... ¡Qué poco complaciente es usted!...

Arturo Vaya, pues por tratarse de ti...

Todos *(Con interés.)* ¿Qué? ¿Qué?

Arturo Ya saben ustedes que al avisador lo tengo educado a mi imagen y semejanza; no le sacan las palabras ni a tiros. Bueno, pues yo sé que él le ha contado al encargado del bar y al ordenanza de Contaduría y al jefe de acomodadores, que «Mimosa» recibe todas las noches una carta misteriosa, y el mismo avisador le ha dicho también al jefe de la clac, y al del puesto de periódicos, y al taquillero, que la otra noche atisbó por el ojo de la cerradura del cuarto de «Mimosa», y vió que estaba leyendo una carta y que lloraba y la besaba...

Micaela *(Con sorna.)* ¡Ay, ay, ay, ay!

Diana Cuando yo digo que ésa la mejor noche le deja a usté sin último número...

Violeta Esas cartas serán de él...

Micaela A ver, si no, ¿de quién?

Manolo Lo raro es que el padre no se haya olido...

Arturo ¿El padre? No me hagan ustedes hablar, que me contraría mucho...

Diana ¿Ya va usted a empezar con la diplomacia? ¿El padre, qué?...

Arturo El padre es muy difícil que se entere, porque la... ¿cómo la llamaríamos?

Micaela Tapadera.

Arturo Un poco fuerte, pero da la idea. Pues bien, la tapadera es su madrina.

Diana ¿Milagrosa?

Arturo Milagrosa, que la viste; Milagrosa, que la desnuda; Milagrosa, que no la deja un momento sola; que es la sombra al cuerpo, el muérdago a la encina...

Micaela ¡El dulcísimo nombre de Jesús!

Arturo Y yo sé, porque me lo ha dicho el avisador, que ella es la que recibe las cartas y la que da las contestaciones...

Micaela ¡Claro! Como que hay guita... ¡Menudas propinas se estará embolsando! Ya lo dicen en «El gran galeoto»: «Con oro nada hay que falle.»

Arturo Bueno, en «El gran galeoto» pueden decir lo que quieran, pero aquí, conste que yo no he dicho nada... Por tratarse de ustedes he sacrificado mi manera de ser... Vaya, voy al cuarto de Horacio Borrego, antes de que le toque salir a escena...

Manolo *(Con importancia cómica.)* ¡El as de la gracia!

Arturo ¿El as? Ya me conformaría yo con que fuese el tres. De lo que indudablemente es el as es de la frescura. ¡Señores, qué tío! ¡Le gritan y sonríe..., le amenazan con los bastones y sonríe..., se levantan para lincharlo y sonríe!... ¡Ni un gladiador romano!

Manolo ¡Sí que es tranquilo, sí!

Diana Un día le tiran las butacas.

Arturo Bueno, pues me ha pedido que le suba el sueldo.

Micaela *(Riendo.)* ¡Tiene gracia!

Arturo ¿Gracia?... Lo que voy a hacer es despedirlo esta misma noche... Vaya, hasta luego. *(Medio mutis.)* ¡Ah, y conste que yo no he dicho nada! *(Hace mutis por la derecha, o sea el pasillo de los cuartos.)*

Micaela Bueno, esto de la «Mimosa» y Julio tengo pronosticao que lo leo en los periódicos; es decir, yo no lo leo porque no sé, pero que me lo leéis vosotras... al tiempo... Y no va a tardarse mucho, no...

Manolo ¡Chits! Punto en boca, que viene el señor Gracián.

(Por el arco de la segunda izquierda, o sea el que comunica con el escenario, aparece GRACIAN, vestido de smoking; le siguen dos tramoyistas, que traen los muñecos sentados cada uno en una silla que está adherida o clavada a una tarima no muy grande, lo suficiente para que quepan dichos muñecos; la descripción de éstos ya se hace en el acto primero: el que representa el señor Pepe está sentado, embozado en su capa, con su sombrero ancho, etc., y la señá Pepa, como ya se ha dicho.)

Gracián *(A los tramoyistas.)* Tener cuidado, ¿eh? Colocarlos aquí, donde no estorben. *(En la izquierda del foro, frente al público.)* ¡Ajajá! Bueno, ahora veré yo al señor Paco, para que al acabar la función me lo llevéis a casa y os pagaré lo que sea... Hasta luego...

(Los tramoyistas hacen mutis por donde salieron. Gracián, después de figurar que arregla un poco el embozo del señor Pepe y que afianza la peineta de la señá Pepa, para dar tiempo a que el público los vea, cubre a los dos con un paño suave.)

Manolo ¿Se despidió usted ya?

Gracián ¡Ya!

Violeta ¿Le habrán aplaudido mucho?

Gracián ¡Mucho!

Micaela Aquí hay buena claque.

Violeta Madre, no diga usted tonterías.

Micaela ¿Tonterías? Pues a ver quién te aplaude a ti, y a ésta, y a toas... Pue que os hagáis ilusiones de...

Diana *(Interrumpiéndola.)* Señá Micaela, que va usté a decir otra tontería...

Gracián Déjala... las tonterías de la señora Micaela no hacen daño... las dice...

Micaela *(Cortándole.)* Porque una tie boca.

Gracián Por eso, porque tiene boca.

Micaela Es que a esta hija no la paece bien na de lo que digo, y es lo que yo digo: unas cosas es-

tarán mal y otras estarán bien, porque inequívoco no hay más que el Papa.

Gracián Muy bien dicho.

Micaela Pues ahí la tie usté, siempre con la espá levantá pa dejármela caer en cuanto abro la boca; y que está visto, no siendo pa comer no la pueo abrir.

Violeta Es que usted...

Manolo *(Cortando la riña.)* Bueno, bueno; no hablemos más de esto. *(A Gracián.)* ¿De modo que una despedida muy cariñosa?

Gracián ¡Cariñosísima! No me puedo quejar.

Diana El público se entretiene mucho con usté.

Micaela Y se ríe las tripas.

Manolo Ayer, en la sección vermouth, estuvo el señor Pepe muy salao.

Micaela ¿Pues dónde me dejas a la seña Pepa? Tie ca caída... Oiga usté, ¿pero es verdad que toas esas cosas se las sacasté de la barriga?

Gracián Primero de la cabeza, y luego de... la barriga...

Micaela Ya tendrasté que maquinar, porque cuidao que son graciosas; la otra tarde era tanta la risa que tenía, que por poco me me...

Violeta *(Asustada.)* ¡Madre!

Micaela Me da una congoja.

Violeta *(Respirando.)* ¡Ah, me había usté asustado!

Micaela ¿Pues qué te habías creído?

Gracián *(Burlón.)* Una tontería.

Manolo *(A Gracián.)* Realmente es usted gracioso.

Gracián Están ustedes equivocados; el gracioso no soy yo, son ellos. *(Señalando a los muñecos.)* Si yo saliese solo a contarle al público las cosas que esos le cuentan, seguramente me gritarían.

Manolo Demasiado sabe el público que es usted...

Gracián Lo sabe, pero en el momento que empieza el trabajo, se le olvida; entra en la farsa, y para él la señá Pepa es un sér de carne y hueso, que alienta, que vive, y el señor Pepe igual, y todo lo que dicen lo coge como dicho por ellos y está pendiente de sus agudezas, algunas veces; de sus tonterías, casi siempre, y las comenta y las ríe... y es tal la fuerza de la ficción que, como si se tratase de personas que realmente existiesen, los llama a voces desde la galería: «Señor Pepe, buenas noches», y el señor Pepe les contesta una

chirigota: «Señá Pepa, hoy estamos más ojerosa», y la señá Pepa les arguye moviendo la mano así. *(Acción de pegar.)* «Es que esta mañana me ha calentao éste», y ni la sátira política, ni el calambur más disparatado, corren peligro en los labios de ellos, porque, aunque soy yo el que habla, el público cree que son ellos y los perdona, como en la vida real perdona a tanto fantoche que, a semejanza de mis muñecos hablan sin ser ellos los que hablan.

Micaela Es usted de lo más modesto que me he echao a la cara.

Diana ¿Y ahora, tiene usted algún contrato?

Gracián No sé; quieren que vaya a Toledo a hacer sábado y domingo... Precisamente don Rafael es amigo íntimo del empresario y se empeña en que le acompañe esta noche en su auto para dejarlo ultimado... Quizá vaya.

Manolo Y que hace una noche primaveral.

Micaela A mí me gustaría hacer un viaje en un chisme de esos...

Gracián ¡Viaje!... Total, una hora o poco más.

Diana Bueno, pues yo voy a desnudarme; mejor dicho, a desnudarme y a vestirme para la calle.

Violeta Y yo también. Ande, madre. *(A Manolo.)* Me esperas aquí.

Micaela Mejor será que nos espere en el café y que vaya pidiendo lo que sea, porque luego tardan un siglo en to, y a mí el bocadillo este me ha abierto un apetito...

Manolo Entonces, en el café estoy...

Micaela Oiga, las patatas pa mí, que no las corten a tiras, que me las chuflen.

Manolo *(Riendo.)* Se las chuflarán..., descuide usted.

Violeta Hasta luego.

Manolo Buenas noches.

Gracián Vayan ustedes con Dios...

(Manolo hace mutis por el foro; la señá Micaela, Diana y Violeta, por la derecha, pasillo de los cuartos. Queda solo Gracián en escena un momento. Por la segunda izquierda sale MILAGROSA.)

Gracián *(A Milagrosa y con misterio.)* ¿Qué? ¿Ya?

Milag. *(En igual tono.)* Hace un momento: ha entrao en el proscenio con los amigotes de siempre...

Gracián Te ha hecho alguna indicación... alguna seña...

Milag. No. Como esta mañana me dió la carta y ya lleva algunas noches que entra aquí... seguramente entrará esta noche también... Créeme, Gracián, acepta el contrato que te ofrecen para América y vámonos... Vámonos, porque...

Gracián ¿Qué temes?

Milag. Temo que vuelva a engatusarla como antes, y... más vale no pensarlo. Desde que ese granuja le dió por venir aquí, Piedad es otra... Antes, con el estudio, con los ensayos, con los aplausos, pues estaba la chica que daba gloria, tú lo sabes; tos creíamos que esto ya pasó, y no sabía una cómo darle gracias a Dios; pero se presentó en el palco, y pa qué te voy a contar. Claro, donde ha habío fuego...

Gracián *(Que ha estado oyendo pensativamente a Milagrosa.)* Ella, ¿sigue confiando en ti?

Milag. A cegar; no ves que yo hago el papel que atufo; y como además le he dicho que te he convencío a ti de que ni las miradas, ni las conversaciones tienen importancia, y que to lo hace por burlarse de él... pues figúrate, se me clarea que da gloria... y no es burla, Gracián, no es burla; ese sinvergüenza ha vuelto a encender la hoguera; la chica está nerviosa, inquieta... claro que comprende que es un hombre casao, y se contiene y sufre; pero... que esto no pue traer na bueno, eso te lo rubrica tu comadre Milagrosa Requejo y Cordoncillo. Yo te conozco a ti, y un día te se sube la sangre a las meninges y ese pollo sale de aquí pa una paella, y fugúrate la ruina que te buscabas.

Gracián *(Resignado.)* Sí, tienes razón; hay que aceptar ese contrato.

Milag. Pero que en seguida

Gracián Díselo tú misma: que estoy decidido y que mañana se firma... Háblale de las condiciones tan ventajosas... del dinero que se puede ahorrar...

Milag. Descuida, que eso corre de mi cuenta.

Gracián ¿Qué hace ahora?

Milag. Habrá empezao a arreglarse para cuando le toque salir.

Gracián Yo voy aquí a hablar con el jefe del personal para que me mande a casa los muñecos al acabar la función, y quizá me vaya después en automóvil a Toledo. No creo que haremos nada, pero por darle gusto a don Rafael... *(Haciendo mutis por segunda izquierda.)* Prepárala, ¿eh?

Milag. Descuida.

(Gracián hace mutis por la segunda y Milagrosa se dirige a la derecha, y al entrar salen HORACIO y DON ARTURO, el primero vestido ya para trabajar.)

Milag. Tú, tenemos que hablar.

Horacio Ahora déjame convencer a don Arturo, y en cuanto acabe de trabajar soy contigo.

Milag. Bueno, pero que no vayas a ser conmigo como todas las noches, ¡a las seis de la mañana!

Horacio No tengas cuidado.

(Milagrosa hace mutis. Horacio y don Arturo avanzan hasta el proscenio.)

De modo que quedamos...

Arturo No quedamos en nada, amigo Borrego. ¡Una subida de sueldo! Para subidas ya tiene usted bastantes con las que le da el público.

Horacio *(Muy digno.)* Y a mucha honra.

Arturo ¡Pero hombre, qué fresco es usted!

Horacio Usted confunde lo glacial con lo artístico.

Arturo ¡Ah! ¿Pero lo que usted hace es arte?

Horacio ¡Arte! Arte imaginativo; arte cerebral, muy por encima del que le hace cantar «El relicario» a una foca; del que presenta un marrano en libertad, o del que da cuatro volteretas en una barra fija. Todo eso es tosco, grosero; lo mío es ingenio, sustancia gris...

Arturo ¡Pero si todas las noches se mete el público con usted!

Horacio ¡Y a mucha honra! Pero antes de debutar yo, ¿quién venía al teatro? Nadie; medias entradas. Y ahora, ¿no se llena?

Arturo ¡Para gritarle!

Horacio ¿Pero se llena?... ¡Ahí está mi éxito!

Arturo Es que temo que un día le peguen a usted.

Horacio *(Con pena.)* ¡Ay, ojalá! Pero desconfío mucho. Este es un público demasiado bueno. ¡Ah, si me sucediese lo que en Alcaudete!... ¡Aquél, aquél sí que era un público! La noche del debut, al segundo chiste, me dió un

espectador con un palasán... y fíjese usted. *(Le enseña la cabeza.)* Tres nudos que me dejó calcaos para «in eternum».

Arturo ¡Qué atrocidad!

Horacio *(Con alegría.)* Pero al día siguiente, a las ocho de la mañana, había cola en la taquilla. Se corrió la voz de que me iban a tirar un tiro, y ¡figúrese usted!... La gente decía: «Esta noche matan a «El as de la gracia», esta noche muere Borrego»... y el que no tenía dinero, empeñaba los colchones... ¡Como con los toros!

Arturo ¿Y qué sucedió?

Horacio *(Con desaliento.)* Nada: ligeras equimosis y algo de... hortalizas. ¡Un fracaso! *(Con pena.)* ¡Un tiro!... ¡Si me llegan a tirar un tiro, al otro día me hubiesen ofrecido las Empresas los contratos en blanco! Pero aquí no pasaré de las quince pesetas, médico y botiquín.

Arturo *(Extrañado.)* ¿Cómo médico y botiquín?

Horacio ¡Ah, sí! En provincias exijo, además de mi sueldo, médico y botiquín de urgencia. Aquí no lo pido, porque como están tan cerca las Casas de Socorro y hay tanta policlínica... Esta noche puede que...

Arturo *(Asustado.)* ¡Por Dios, no me asuste usted, señor Borrego!

Horacio ¡Les tengo preparado un parecido y un chiste... que van a aullar!

Arturo ¡A ver si le tiran a usted algo!

Horacio A eso tiro, a que me tiren; pero no tiran. Fíjese usted, que me voy a encarar con un espectador y le voy a preguntar: ¿En qué se parece una araña a ti si te mueres?

Arturo *(Después de pensar un poco.)* No acierto...

Horacio Pues en que la araña teje, y tú, si te mueres, teje...

Arturo ¿Teje?

Horacio Teje... ringas, sí, señor.

Arturo *(Asustado.)* ¡Por lo que más quiera usted, no les suelte eso, que lo matan!

Horacio ¡No me haga usted concebir esperanzas, don Arturo! ¡Una lesión, por leve que fuera, sería el escalón de mi pedestal! Pero nací desgraciado y desgraciado entregaré mis restos mortales a la madre tierra. De nada me ha

valido mi ingenio. Yo he sido de todo. ¡Hasta inventor!

Arturo ¿Qué me dice usted, amigo Borrego?

Horacio Lo que usted oye: ¡inventor! Inventé un tope para los tranvías, que ya podían chocar con lo que fuese... ¡no ocurría nada! ¡Un tope que era una maravilla! Los periódicos se ocuparon de él, la gente lo comentó con asombro. Lo bauticé con mi apellido y por todas partes no oía usted más que decir: «Tope Borrego... tope Borrego». Pero a la hora de la realidad, cuando busqué el capital para montar la fabricación en gran escala, no encontré ni una peseta.

Arturo Sí que es usted desgraciadísimo.

Horacio ¡Mucho!... En fin, amigo don Arturo, que si no me sube los dos duritos que le he pedido, no sé qué va a ser de mí.

Arturo Le digo a usted que no puedo. El público viene, pero los gastos son inmensos.

Horacio ¿De modo que no me los da usted?... *(Decidido.)* Bueno... pues le ha de pesar: se lo aseguro. Esta noche voy a tener un triunfo enorme, y mañana, ni por cien pesetas le trabajo a usted.

Arturo *(Aterrado.)* ¿Qué piensa usted hacer?

Horacio ¡Ya verá, ya verá qué éxito!... ¿Tiene usted aseguradas las butacas?

Arturo ¡Por Dios, Borrego!

Horacio Ya verá cuando yo le pregunté al público: ¿A que no saben ustedes quién son los hombres más embusteros del mundo?

Arturo Los andaluces.

Horacio Los de Holanda, porque hasta el queso que hacen es de bola. *(Haciendo mutis por la segunda izquierda.)* ¡Ya verá usted! ¡Ya verá usted!

Arturo *(Siguiéndolo.)* ¡Dios mío, lo matan!

(Por el foro entra JULIO, de unos veintiséis años, viste bien, pero presume demasiado y es, además, de una vanidad ridícula. Le siguen ALBERTO y FELIX, próximamente de la misma edad que él.)

Alberto ¿Lo ves? Nadie.

Félix El nido sin la torcaz.

Julio Saldrá, no os quepa duda; precisamente esta mañana, al contestar a mi carta, me indica-

ba que me dejase ver por el saloncillo, como otras noches

Alberto Querido Julio, desde que tienes dinero te has hecho un ilusionista que, si lo supiese don Arturo, te ofrecía el contrato en blanco.

Julio Que no son ilusiones; que está por mí.

Félix Estuvo.

Alberto Después de la charranada que la hiciste, ¿cómo te va a querer?

Julio Pero que con locura.

Félix Oye, ¿no te estará tomando «les cheveus»?

Alberto Seguramente se está burlando.

Julio *(Picado en su amor propio.)* ¿Burlando? Vaya, ¿os apostáis cinco mil pesetitas a que me la llevo?

Alberto Como se de cuenta el padre de que tratas de renovar el pasado, sí que te la llevas.

Julio Os hablo en serio; cinco mil pesetas a que me escapo con ella.

Félix Llevo la mitad.

Alberto Y yo la otra mitad.

Félix ¿Y cuándo va a ser la evasión?

Julio Cuando quiera: os juro que si antes estaba loca por mí, ahora lo está más; *(Con misterio.)* pero si ayer...

Alberto *(Fijándose en la derecha, pasillo de los cuartos.)* ¡Chits! Me parece que viene.

Julio ¿No os lo dije? *(Presumiendo.)* Fuera gente; dejarme solo; voy a hacer una faenita de las mías.

Félix A ver si hay hule.

Julio No temáis. ¡Menuda mano derecha tiene el niño!

Alberto En el palco estamos.

(Hacen mutis por el foro Alberto y Félix. Por la derecha sale PIEDAD, vestida para presentarse en escena del traje que quiera y más le agrade a la actriz encargada del papel. Puede ser de maja, de capricho, etc. Le faltará ponerse la mantilla o el tocado que vaya a llevar en la cabeza.)

Julio *(A ella.)* Creí que no ibas a salir.

Piedad He estado aguardando a que mi padre se fuese de aquí; aunque Milagrosa le ha hecho creer que si hablo contigo más bien es por burlarme, me molesta que...

Julio Sí, sí; comprendo.

Piedad Además, temo que lea en mis ojos que mi

madrina le ha engañado y que, de haber burla, sería otra vez por parte tuya.

Julio ¿Mía? ¿Pero no te he dicho por escrito y de palabra que por muy desgraciada que seas lo soy yo más? Me obligaron a hacer lo que no debí hacer; me impusieron un cariño que no era mi cariño... He intentado arrancarme tu recuerdo, borrar el pasado, cobijarme en el olvido... y ha sido inútil... Más firme tu recuerdo, más clara la visión de aquellos días en que éramos tan felices; por todas partes tú y sólo tú.

Piedad Y yo te he contestado que te creo... que será verdad, pero has hecho mal, Julio, no has debido buscarme; no has debido venir a encender otra vez el fuego que poco a poco mi sufrimiento iba apagando.

Julio Sí, lo comprendo; he hecho mal, no he sabido vencerme... debí tomar tu ejemplo; tú has sido más fuerte... *(Con ironía.)* has sabido olvidarme.

Piedad ¿Olvidarte? Olvidarte yo, y después de la afrenta que me hiciste ¡he vuelto a mirar tus ojos! ¡He vuelto a sentir tus palabras! ¡He vuelto a soñar con el arrullo de tus promesas! No, Julio, no he sabido olvidarte; creí que había sabido resignarme y ahora veo que ni aun eso.

Julio *(Acercándose más zalamero.)* ¿Me sigues queriendo, verdad, Piedad?

Piedad ¡Por Dios, Julio!

Julio ¿Te da miedo quererme?

Piedad Miedo porque no hay para este cariño esperanza ninguna.

Julio Porque tú quieres.

Piedad Porque tú lo has querido. Eres un hombre casado, Julio; además, Milagrosa acaba de decirme que mañana firma mi padre el contrato para América y que embarcamos en seguida.

Julio ¿Serás capaz de irte?

Piedad Tú lo fuiste de dejarme.

Julio No te dejé. Ya te he dicho una y mil veces que cedí contra mi voluntad, porque no tenía más remedio que ceder, por circunstancias que tú misma el otro día, cuando te las expuse, comprendiste y hasta tuviste palabras de consuelo para mí.

Piedad ¿Y qué quieres que haga?

Julio Que no me dejes, que no te vayas... Sé lo que vas a decirme... que lo manda tu padre y tienes que obedecerle; pero yo también te sé decir que si te marchas, que si te pierdo, la locura más grande que puede cometer un hombre la cometeré; vivir sin ti no es vivir; ¿me entiendes, Piedad?

Piedad *(Aterrada.)* Te entiendo y no quisiera entenderte.

Julio *(Una pequeña pausa, más cariñoso.)* Tengo dinero, mucho dinero; aquí, claro está, no podríamos ser felices; pero lejos, muy lejos, otras tierras y otros cielos, sí pueden amparar y cubrir nuestra dicha.

Piedad *(Temerosa.)* ¿Qué es lo que me pides, Julio?

Julio Que te vayas a América, pero conmigo; que te vayas, no a ser «Mimosa», la artista de varietés, sino Piedad, mi Piedad; a que todas aquellas ilusiones que nos hacíamos antes que la fatalidad nos separase sea al fin realidad. *(Más mimoso.)* A querernos, a vivir siempre juntos... ¿me entiendes, mi vida?... Yo por ti lo dejo todo, todo.

Piedad No sueñes, Julio.

Julio *(Fingiendo desesperación.)* ¡Ah! ¿De modo que esto que te propongo es un sueño?... ¿Que es imposible de todo punto que seamos felices? ¿Que he de vivir encadenado a una mujer que no quiero?...

Piedad Tuya es la culpa.

Julio *(Fingiendo una gran decisión.)* Está bien, tienes razón: mía y sólo mía es la culpa; yo solo debo sufrir el castigo, yo sabré imponérmelo.

Piedad *(Con temor.)* ¿Qué intentas, Julio?

Julio Nada... ya te enterarás. ¡Verás qué pronto llega a ti la noticia!

Piedad ¡No, eso no! Tú sabes que te quiero.

Julio Si me quisieras, no vacilarías.

Piedad *(Desesperada.)* Pero... ¡huir contigo!... ¿En qué momento?... ¿En qué ocasión?

Julio Cuando se está decidida, sobran momentos y sobran ocasiones...

Piedad Pero es que mi padre...

Julio Tu padre...

(En este momento aparece por la segunda izquierda GRACIAN. Mimosa lo ve e instan-

táneamente, sin dejar de hablar a Julio, le dice en voz baja.)

Piedad ¡Calla, él!

Julio *(Variando el tono de la conversación y como si no supiera la llegada de Gracián.)* ¿De modo que esa canción que se titula «Siempre te querré» es de Tromboncillo, verdad?

Piedad *(En igual tono.)* Sí, de Tromboncillo.

Julio Es muy listo ese muchacho. Y usted la canta muy bien.

Gracián *(Adelantándose.)* Muy bien, pero la que canta mejor es esa otra titulada «No te acuerdes más de mí». Digo, esto es una opinión mía. *(A Julio.)* ¿A usted qué le parece?

Julio *(Un poco cohibido.)* A mí, si no pareciera adulación, diría que las canta bien todas.

Piedad *(Riendo burlonamente, pero que se note que es forzada la risa.)* ¡Ja, ja! Muchas gracias. Pronto se le va a acabar la admiración, porque me quedan dos días de contrato

Julio Lo siento.

Piedad *(Fingiendo también.)* ¡Ay, pues yo me alegro; qué ganas tengo de salir de aquí!

Gracián Y yo, comprendiéndolo, he decidido...

Piedad *(Sin dejarle acabar.)* Sí, ya me lo ha dicho la madrina: aceptar el contrato de América.

Gracián Mañana mismo se firmará, para partir en seguida.

Julio *(Con intención.)* ¿Mañana?

Gracián *(Siempre con una gran calma.)* Sí, mañana.

Julio *(A Piedad.)* Ya lo oye usted... Mañana se firma ese contrato, en el que deseo a usted un éxito tan grande como el que ha tenido aquí.

Piedad Y yo a usted que siga divertiéndose y que nada empañe su felicidad.

Julio *(Con más intención.)* Ya se enterará usted. *(Al oir la respuesta de Julio, Piedad no puede por menos de estremecerse.)*

Gracián *(Que se da cuenta, le pregunta.)* ¿Qué te pasa?

Piedad *(Reponiéndose en seguida.)* No... nada... que desde esta mañana no me encuentro bien... he debido coger frío.

Gracián Pues ahora, en cuanto termines, coges un cochecito con tu madrina y a casa... Yo no puedo acompañarte, porque me marcho en automóvil a Toledo.

Piedad / Julio (*A un tiempo y sin poder contenerse.*)
Piedad — ¿Que te vas?
Julio — ¿Que se marcha usted?

Gracián — Sí, que me marcho a Toledo; ¿qué de particular tiene?

Piedad — No, nada...

Julio — Nada...

Piedad — Como me dijiste que no tenías gran interés en aceptar esas dos funciones...

Gracián — Y sigo sin tenerlo... Pero don Rafael se ha comprometido, y, por no dejarle mal, quizá tenga que transigir.

Julio — (*Con intención.*) ¿De modo que esta noche?

Gracián — Sí, dentro de una hora; en cuanto acabe la función.

Julio — (*Idem.*) Y claro, ¿ya no volverá usted hasta mañana?

Gracián — Es lo más probable... (*A Piedad.*) Ahora que si estás mala...

Piedad — No, no, si no es nada... Por mí no faltes a tus compromisos; ya te he dicho que es un poco de frío... pero muy poco.

Gracián — Pues anda, ve a concluir de vestirte, que Horacio ya ha empezado a decir sus chistes...

Piedad — Va detrás «La Ricitos».

Gracián — Sí, pero esa acaba en seguida... no gusta nada.

Julio — Tiene usted razón, el público está impaciente por ver a Piedad.

Piedad — Bueno, pues voy a concluir de arreglarme... Que usted lo pase bien... ¡Ah, y dígale usted a sus amigos que no exageren el aplauso!

Julio — No exageran: es que lo sienten así.

Gracián — (*Empujándola cariñosamente.*) Anda, anda, que corre el tiempo.

(*Piedad hace mutis por la derecha. Quedan solos en escena Gracián y Julio. Hay una pequeña pausa, durante la cual Gracián ha subido al foro, inspeccionando y arreglando los muñecos. Al volver nuevamente al centro del escenario, Julio, algo cohibido, le alarga un cigarro puro.*)

Julio — ¿Quiere usted?

Gracián — Gracias... Fumo muy poco.

Julio — (*Guardándoselo.*) Señor Gracián... yo le debo a usted una satisfacción...

Gracián — (*Sin dejarle acabar.*) A mí no me debe usted nada, pollo.

Julio ¿Usted opina?...

Gracián *(Con calma.)* Si me debiera usted algo, hace mucho tiempo que me lo hubiese pagado. Yo soy mal acreedor.

Julio *(Queriendo sincerarse.)* Sin embargo, la acción que yo he cometido...

Gracián *(Con tranquilidad y despacio.)* ¡Bah! ¡Eso no tiene importancia! Charranadas de esas las estamos viendo un día sí y otro no... ¡La juventud, que no tiene reflexión; por lo menos así lo dice la gente; y si une usted a la falta de reflexión la falta de vergüenza, que también suele faltarle, pues ya tiene justificado el hecho!...

Julio Es que yo...

Gracián *(Sin dejarle hablar.)* Si lo sé todo y lo comprendo todo, y me hago cargo de todo: usted quería a Piedad...

Julio A ojos cerrados.

Gracián Muy cerrados, pero sus padres no vieron en ella más que una boca más, y en cambio en la otra vieron un bolsillo más y bien lleno, y claro, le aconsejaron... le obligaron... y se casó usted, también a ojos cerrados, porque a ojos abiertos no hay quien se case con su señora... Ahogó usted su verdadero cariño y le dió gusto a su familia... Muy disculpable, pollo, muy disculpable...

Julio Usted lo entiende así.

Gracián ¿Cómo quiere usted que lo entienda? *(Muy digno.)* Entre usted y mi hija no existían más que unas relaciones lícitas, ningún compromiso grave les ataba; impedir que usted hiciese su voluntad hubiese sido dar a entender otra cosa, que no quiero decirla, porque aun en hipótesis me quemaría los labios.

Julio ¿De modo que no me guarda usted rencor?

Gracián ¿Rencor? Si acaso desprecio... y tampoco.

Julio *(Aparte.)* Ya me vengaré de tus palabras.

(En este momento se oye dentro, por el foro izquierda, que se supone el público, un escándalo formidable de gritos y bastoneo, y aparece congestionado, nervioso, DON ARTURO; por la derecha salen, también ya vestidas de calle, DIANA, VIOLETA y DOÑA MICAELA.)

Gracián
Julio } ¡Eh!

Diana ¿Pero qué escándalo es ese?

Violeta ¡Qué atrocidad!

Micaela Ni que estuviéramos en los novillos.

Arturo *(Saliendo.)* ¡Lo matan! ¡Lo matan!

Gracián ¿Pero qué pasa?

Arturo Horacio... ¡El «As de la gracia», que está haciendo su número, y está diciendo unas cosas!... ¡Esta noche lo linchan! *(A Gracián.)* Hágame usted el favor de que venga «Mimosa»; ella es la única que puede acallar el conflicto... ¡Van a pegarle fuego al local!

Gracián Sí, sí, voy...

(Gracián entra en la derecha. Por la segunda izquierda sale HORACIO BORREGO con aire de triunfo. En la frente y cerca del ojo se le verá un enorme chichón.)

Horacio *(Saliendo.)* ¡Qué triunfo! ¡Qué triunfo! ¡Gracias, Dios mío!

Arturo ¡Señor Borrego!

Horacio *(Enfatuado.)* No me hable usted... Déjeme que me envanezca... Déjeme que me pavonee... Déjeme un duro, para ponérmelo en este chichón.

Diana ¿Pero le han agredido?

Horacio Nada, una insignificancia; un espectador que me ha dado con el puño.

Micaela ¿Y con el puño le ha hecho a usted eso?

Horacio Con el puño de un revólver.

Arturo ¡A pique de habérsele disparado!

Horacio ¡Ojalá!... Pero estas armas modernas las hacen con una seguridad que da asco. ¡Ah! Pero, de todos modos, el triunfo ha sido enorme. ¡Mañana tengo cola!

Micaela Mañana lo que tie usted es fiebre.

(Por la derecha hace salida PIEDAD, vestida ya del todo para trabajar. La sigue MILAGROSA; poco después aparecerá también GRACIAN.)

Piedad ¿Qué? ¿Se adelanta mi número?

Arturo Sí, hágame usted el favor... ¡Si saliese ahora la «Ricitos»!...

Micaela La desrrizaban.

Arturo Seguramente. Su sola presencia aplacará los ánimos.

(Mientras Piedad se dirige a la izquierda como para salir a escena, Milagrosa, doña Micaela, Diana y Violeta están examinándole el chichón a Horacio. Don Arturo está impa-

ciente, observando por la segunda puerta de la izquierda, que da paso al escenario. Aprovechando este momento, Piedad le dice bajo a Julio.)

Piedad ¿Te veré en el palco?

Julio Ni en el palco, ni nunca más. Estoy decidido.

Piedad Antes que cometas esa locura estoy resuelta a cometer yo la que me propones.

Julio *(Con alegría.)* ¡De veras! Entonces esta misma noche...

Piedad *(Titubeando.)* ¡Esta misma noche!...

Julio Nunca mejor ocasión. Tu padre se marcha a Toledo... te quedas sola...

Piedad *(Nerviosa.)* Sí... sí...

Arturo *(Impaciente.)* Vamos.

Piedad Sí, en seguida.

Milag. *(A Horacio.)* ¡Qué atrocidad! ¡Qué salvajada!

Horacio ¡Salvajada! ¿Tú crees que con esto pierdo yo algo?

Milag. Con eso puedes perder el ojo como te se corra.

Arturo Vamos, vamos.

Micaela Sí, que la fiera se impacienta.

Piedad Anda, Milagrosa. Vamos a la escena.

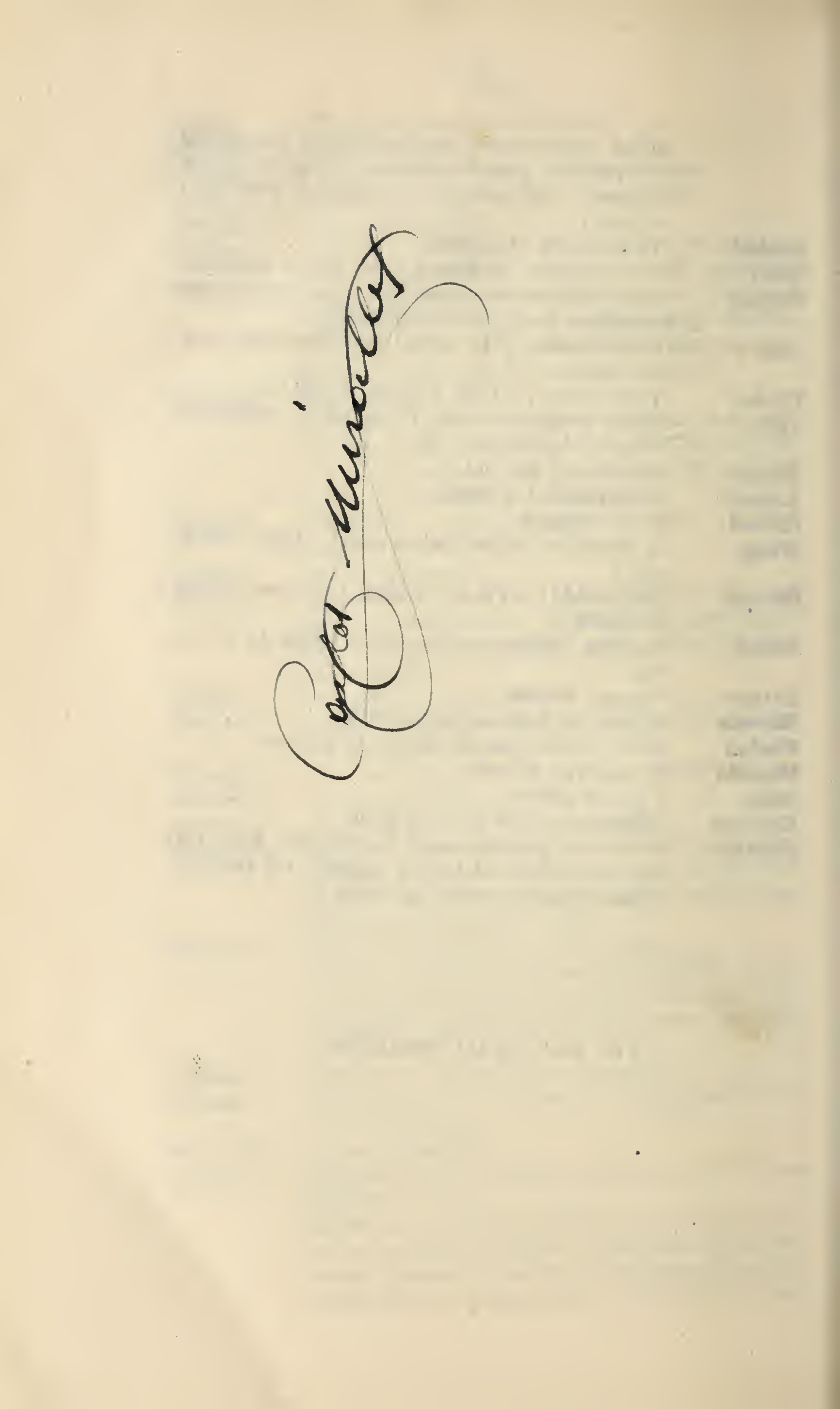
Micaela Y nosotras al café.

Julio Y yo al palco.

Gracián *(Avanzando.)* Y yo a Toledo.

Horacio Y yo a la policlínica de la esquina. Esta noche es cuando ha tenido saliente mi trabajo. *(Van haciendo mutis y telón.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO





Acto tercero

Decoración: Una sala modesta: en la lateral izquierda, siempre del actor, primer término, puerta pequeña; segundo, otra puerta más amplia; lateral derecha, una sola puerta. En el testero del foro, bien en el centro o a un lado, un balcón practicable. En el centro de la escena, una mesita, y sobre ella pende del techo un aparato de luz eléctrica de tres brazos. Repartidas por la escena unas cuantas sillas. Los demás detalles que juzgue necesarios o convenientes la Dirección escénica.

(Al levantarse el telón es la una de la noche; las tres luces del aparato están encendidas. MILAGROSA, sentada en una silla al lado de la mesa, se ocupa en desliar dos paquetes que contienen pescado frito variado, queso y tres panecillos. PIEDAD, que está sentada también al lado de la mesa, da muestras de una gran inquietud y nerviosidad. De pronto se levanta, se dirige al balcón y lo entreabre.)

Milag. ¿Qué haces, hija?

Piedad Abrir un poco. ¿No se asfixia usted?

Milag. ¿Asfixiarme? ¡Ni que estuviéramos en agosto! Está la noche agradable y nada más.

Piedad Pues a mí, me falta aire... me ahogo...

Milag. Nervios... Anda, cierra y ven a tirar un bocao.

Piedad No, mejor es dejarle así, entornado.

Milag. Como quieras...

(Por la segunda izquierda aparece HORACIO sin sombrero y con una venda en la frente. Desde la puerta y figurando que habla con alguien dentro.)

Horacio Ahí mismo... dejadlos ahí mismo, que luego los entraremos nosotros. *(Figurando que pre*

sencia el trabajo.) ¡Cuidado con el señor Pepe! ¡Ajajá! Ya os pagó el señor Gracián, ¿verdad?... Pues gracias, y descansar... ¿Eh? ¿Cómo?... ¡Ah, no! No es grave... Sí, sí, me han visto en la Casa de Socorro... *(Pausa.)* Pues traumatismo producido por un golpe dado con un objeto duro; inflamación de no sé qué tejido, y...*(Recordando.)* ¿qué más te han dicho, Horacio?... Total, lo que vulgarmente llamamos nosotros un chichón. *(Pausa y como si le siguiesen preguntado.)* Sí; eso sí, enorme; de lo más enorme que se conoce en chichones... *(Pausa.)* ¿Como una avellana?... Más, ¡mucho más! ¡Como cuarto de kilo corrido!... Gracias... Sí, el sereno está esperando... Andad con Dios.

(Horacio viene al centro de la escena a reunirse con Milagrosa y Piedad. Se sentará entre las dos, dando frente al público.)

Milag. Acércate más y toma algo, chica.

Piedad No tengo gana; ya sabe usted que en casa apenas pruebo bocado.

Horacio Claro, la costumbre del ratito de café después de la función. Además, no sé lo que pasa que chismorreando se come más; hablando mal de alguien muerde uno más a gusto, ¿verdad?

Milag. No empieces ya, tú.

Horacio Ahora que hoy... faltando tu padre... no estaba bien que fuéramos; por eso me he traído este modesto menú... Conque anda, mujer, come...

Piedad Ya he dicho que no tengo ganas. Coman ustedes.

Horacio Tú te lo pierdes, porque viene acabadito de salir de la sartén.

(Horacio y Milagrosa figura que comen. Piedad a cada momento se fijará en el reloj que lleva de pulsera.)

Milag. *(Partiendo una francesilla y figurando que le cuesta mucho trabajo.)* ¡Mi madre, qué duro está esto! Ya has podido traer Viena o candeal...

Horacio Pero, mujer, si es que a las dos de la mañana no se encuentran más que francesillas; vayas donde vayas, francesillas.

Milag. *(Por el pescado.)* ¿Pero esto es pescado frito variado?

Horacio Variado.

Milag. No veo más que calamares.

Horacio Sí, pero fíjate: unos más grandes, otros más chicos... variado.

Piedad *(Forzando una sonrisa.)* ¡Cuándo se le acabará el buen humor!

Milag. A éste, lo están enterrando y es capaz de decirle un chiste al sepulturero.

Horacio A propósito: ¿a que no sabéis vosotras lo que haría yo si no tuviese más que un duro y fuese falso?

Milag. Pasarlo.

Horacio Pasarlo muy mal; porque no teniendo otro...

Milag. Mira, que te maten.

Horacio Todo llegará.

Milag. Este queso es de ese de gusanos, ¿verdad?

Horacio ¡El mejor de los quesos!

Milag. Y el caso es que yo no le veo nunca los gusanos.

Horacio Ni se los verás. ¿O es que te crees que son gusanos de luz? Pero los tiene. *(Sacando una revista ilustrada del bolsillo.)* Anda, ponme un poco.

Piedad *(Con contrariedad.)* ¡Ah!, ¿pero va usted a leer ahora?

Horacio A echarle una ojeada mientras saboreo el «Roquefort» a «Toros y Teatros». ¡Es mi revista favorita! Se ocupa de las dos únicas cosas que me entusiasman: ¡el teatro y los toros!... ¡Hombre, mira un retrato de «La bella Lola». Esa que trabajó el mes pasado contigo.

Milag. Sí, la Lola; no digas más, ¡valiente fresca!

Horacio *(Figurando que ha leído algo.)* ¡Señores, cómo exageran estos periódicos! *(Leyendo.)* «Arte, belleza, magnífico vestuario.»

Milag. ¿Vestuario? ¡Pero si la Lola trabaja en camisa!

Horacio Y que no varía; como que es popular la camisa de la Lola... Pues ahí tienes: se anuncia como si tuviese dos toneladas de equipaje.

Milag. Te digo que se ve cada cosa...

Horacio *(Que ha seguido ojeando el periódico.)* ¡Jesucristo!

Piedad ¿Qué le pasa a usted?

Horacio ¡Pobre chico! ¡Qué tragedia! ¡Mi madre! ¡Cómo estará su padre!

Milag. ¿Pero, qué pasa?

Horacio ¡El «Tachuela II»! *(A Piedad.)* Aquel mu-

chacho delgadito que te presentó don Arturo, el empresario...

Piedad Sí, ya recuerdo...

Milag. ¿Ese que cuando está en Madrid no falta ni una noche a aplaudir a ésta?

Horacio Ese, el «Tachuela II»; uno de tus más fervientes admiradores.

Piedad *(Nerviosa.)* Bueno, pero ¿qué le pasa al «Tachuela II»?

Horacio ¡Una tragedia! Que ayer toreó en Ajofrín, y fíjate qué reseña telegráfica: «Ajofrín, siete tarde... El cuarto toro, llamado «Zapatero», la tomó, desde su salida, con «Tachuela» y llegó a la muerte receloso y huído. El chiquillo, que tenía deseos de quedar bien, hizo una faena colosal en la misma cuna, y al acabar uno de pecho obligado, cogió un pitón y se limpió con él las uñas...» *(Entusiasmado.)* Eso lo hace con una limpieza como nadie.

Piedad Bueno, acabe usted.

Horacio *(Leyendo.)* «En un molinete, el animal alargó la cabeza y lo enganchó con el derecho por el vientre, campaneándole horriblemente. Después se lo pasó al izquierdo y le dió treinta y dos vueltas. Cuando lo dejó caer en el suelo le metió la cabeza, le pateó y, por último, ya cansado, se sentó encima del desgraciado diestro.»

Milag. ¡Qué toro más comodón!

Piedad ¡Pobre muchacho!

Horacio *(Leyendo.)* «Al ser conducido a la enfermería el «Tachuela», se quejaba del cuello y daba a entender que le dolía el vientre. El doctor Ciprés, que le practicó la primera cura, certificó que «Tachuela II» presentaba una herida por asta de toro en la región hepática, con pérdida completa del hígado, y que sufría además una contusión de primer grado en la tráquea y conmoción cerebral.»

Milag. ¡El dulcísimo nombre de Jesús!...

Horacio «Se pensó trasladarlo a Madrid en automóvil, pero se desistió por si la herida de la tráquea se le agravaba con el traqueteo.»

Milag. Se ha buscado la temporada.

Horacio *(Leyendo.)* Ultima hora: «De no sobrevenir accidentes cardíacos o un fallecimiento desagradable, «Tachuela II» podrá volver a torear dentro de dos días.»

Milag. ¿Pero no le falta el hígado?

Horacio ¡Y qué! Eso ha sío un favor, porque un torero con hígado... pa el gato.

Piedad Bueno, ¿se acuestan ustedes o no se acuestan?

Milag. Claro que nos acostamos.

Horacio Y que lo que tarde en caer en el «somier» es lo que tardo en plegar los párpados, y ya pueden echar la casa abajo: hoy no me despiertan a mí ni sonando a mi lao cuarenta duros.

Milag. *(A Piedad.)* Tú también te irás a la cama.

Piedad No... yo voy a quedarme estudiando la letra de los dos cuplés nuevos que canto mañana. No estoy muy segura y... Pero en seguida me acostaré.

Horacio Pues alza; ven a echarme una mano pa meter aquí al señor Pepe y a la señá Pepa.

Piedad Déjelos usted ahí.

Horacio ¿En el recibimiento? Se puen constipar...

Milag. Es que ya sabes que a tu padre no le gusta que se queden ahí fuera. Por la mañana empieza a venir el panadero, el chico de la lechería...

Horacio Total es un empujón... anda.

(Horacio y Milagrosa entran en la segunda lateral izquierda, y él tirando y ella empujando, arrastran la pequeña tarima, que para más facilidad debe tener unas ruedas, con los dos muñecos que estarán en la misma actitud que en el acto segundo y cubiertos igual. Colocan la tarima en el foro, junto al balcón, en el lado derecho, siempre del actor. Mientras, Piedad ha cogido su bolsillo de mano y de él ha sacado unas cuartillas y se pondrá a leerlas.)

Anda, un empujoncito más. Cuidao, no se le vaya a caer el embozo al señor Pepe, o la peineta a ella... ¡Muy bien! *(A Piedad, en tono de broma.)* Ves tú; ahora nos retiramos tranquilamente, porque no te quedas sola.

Piedad Ya les he dicho que será poco.

Milag. Sí, hija, sí; descansa, que falta te hace.

Horacio «Bon soar».

Piedad Hasta mañana.

(Horacio y Milagrosa hacen mutis por la primera de la izquierda, que cerrarán. Hay un momento de pausa. Piedad se levantará y de

puntillas irá hasta cerca de la puerta segunda de la izquierda, donde estarán dos llaves de la luz eléctrica, y dará vueltas a una. De las tres luces del aparato se apagarán las de los lados, quedando solo la luz del centro, que no debe ser de un gran voltaje: después, siempre procurando hacer el menor ruido posible, se dirigirá al balcón, sin abrirlo del todo, asomará la cabeza, volverá después a escena, sacará del bolsillo una llave, la envolverá en un pañuelo, volverá a dirigirse al balcón y figurará que la tira. Después se dirigirá a la puerta primera de la izquierda, pondrá el oído figurando que escucha e inmediatamente hará mutis por la segunda derecha, para entrar nuevamente a los pocos minutos, seguida de JULIO.)

Julio *(Sin alzar mucho la voz.)* ¡Qué ganas tienes de perder tiempo y de comprometerte y comprometerme a mí!

Piedad Ya te he dicho que no hay cuidado.

Julio Sí, pero es que a veces lo inesperado... Debiste bajar ya preparada...

Piedad *(Emocionada.)* Julio, ¿qué piensas hacer conmigo?

Julio ¡Y dale! No estás cansada de oirlo... Quererte... quererte mucho...

Piedad Toda la vida, ¿verdad?

Julio Toda; mira, ahí al final de la calle he dejado el automóvil: *(Mirando al reloj.)* Son las dos de la madrugada; mañana, al oscurecer, en Cádiz. Allí tomamos el primer vapor que zarpe para América, y a la felicidad. No te preocupes de ropas, ni de nada. Llevando dinero se lleva todo, y eso lo llevo en abundancia.

Piedad *(Titubeando.)* ¡Julio!

Julio ¿Vas a titubear ahora?... Cuando vengas loco de cariño, encendido de deseos, antojándoseme los minutos siglos, por verte a mi lado, ¡libre, libre!, volando por esas carreteras, dejando atrás, para siempre, los obstáculos que cercaban nuestro cariño; todo cuanto se oponía a él... ¿Vas a titubear, vida?... Cuando las horas aquellas que esperábamos y que nos parecían que no iban a llegar nunca, nos aguardan, nos llaman... ¿Por qué has de ser tu desgraciada? ¿Por qué he de serlo yo?...

¡El cariño lava todas las culpas!... Un amor como el nuestro todo lo redime... Escribiremos a tu padre y nos perdonará; estoy seguro...

Piedad Sí, sí, nos perdonará, porque me quiere mucho.

Julio Pues entonces, ¿a qué vacilas? Anda, chiquilla, coge lo que vayas a coger y vámonos; yo no respiro hasta que me vea a muchos kilómetros de aquí.

Piedad *(Muy nerviosa.)* Sí... sí... es un momento... coger el cabás con unas cuantas cosas y algo pa racubrirme... un abrigo de entretiempo, una capa...

Julio Lo que sea; ya te he dicho que no te preocupes, que compraremos todo lo necesario... pero anda, date prisa.

Piedad *(Se dirige a la lateral derecha, y al ir a entrar se vuelve nuevamente y dice temerosa.)* ¡Julio! ¡Julio! ¿No me abandonarás nunca?...

Julio ¡Ay, qué tonta te pones!

Piedad Piensa que queriéndote como te quiero lo que voy a hacer, más que por satisfacer mi cariño, es por ti, por ti, que no quiero que cometas ninguna locura.

Julio *(Impaciente.)* Y que la cometeré si me faltas tú; porque sin ti la vida me es aborrecible, pesada... Anda, Piedad, vamos...

Piedad Sí, sí... voy.

Julio No tardes mucho.

Piedad Ya me daré toda la prisa... estate tranquilo; no hay por qué tener cuidado.

Julio Por si acaso... *(Piedad entra en la lateral derecha.)* ¡Bueno... esto es hecho! *(Con aire de triunfo.)* ¡Seguro estaba yo de que la paloma daba el pico!... Ya tengo la apuesta ganada, y bien sabe Dios que para mí las cinco mil pesetas son lo de menos; lo que me importaba era el cartel, mi crédito... que en esta ocasión me lo jugaba... Bueno, yo me la llevo a Cádiz; paso tres días con ella y luego salgo una mañana a arreglar lo de los pasajes y que me echen un perro policía. ¡No me encuentran ni anunciándome!... Por ella no, por el padre, porque el golpe que va a recibir es como para devolverlo, y un golpe del señor Gracián debe ser algo así como el

cloroformo. Esto me cuesta vivir cinco o seis meses de incógnito, pero más vale vivir de incógnito que no vivir... Ahora que ella bien vale que se pasen algunos sobresaltos, porque hay que ver cómo está de guapa!

(Se sienta en la silla que hay junto a la mesa en la parte izquierda. Saca un cigarrillo y lo enciende. En este momento y sin que Julio se aperciba, la figura del señor Pepe, que no es otra que Gracián, que se habrá colocado en igual actitud, etc., etc., avanzará todo lo más silenciosamente posible aprovechando el momento que Julio acerca la cerilla al cigarro y se sentará en la otra silla de la derecha. Una vez sentado saca un cigarro, y en el momento que Julio va a tirar la cerilla, le dice.)

Gracián No la tire usted, pollo.

(Julio vuelve la cabeza, y al ver a Gracián se queda atónito, sin poder articular palabra, con la cerilla en los dedos. Gracián se coloca el cigarro en la boca y alarga la cabeza para encender, sin coger la cerilla. Con gran calma.)

Acérquela un poco, que no llego. *(Julio acerca la cerilla, pero está tan tembloroso que no hay manera de encender el cigarro.)* Bromas, no, ¿eh?

Julio *(Tartamudeando.)* Si no es bro... bro... es... es...

Gracián *(Cogiéndole la mano.)* Estese usted quieto. *(Una vez sujeta la mano, enciende el cigarro y vuelve con gran calma a su actitud. Julio tira la cerilla.)* ¿Conque a Cádiz, eh?

Julio Señor Gracián...

Gracián *(Rectificándole.)* Pepe. Señor Pepe... El señor Gracián está camino de Toledo; quizá a estas horas esté en la imperial ciudad.

Julio Señor Gracián, yo le rue...

Gracián *(Sin dejarle acabar.)* No, no, si no tiene nada de particular que me confunda usted con él; son tantos años lo que lleva haciéndome pasar por un ser real, dándome su palabra, infundiéndome sus pensamientos, volcando en mí su vida... que soy como él, y, como él, siento el dolor de sus dolores, la alegría de sus alegrías, todo... todo... Como Dios al primer hombre, el señor Gracián me hizo a su

imagen y semejanza. No tiene nada de particular, repito, que me confunda usted con él. Ahora que a mí me puede usted hablar sin miedo, con confianza; yo no tengo nervios que se exciten, sangre que se agolpe a la cabeza, puños que se cierren amenazadores... Yo soy un muñeco.

Julio Señor Gracián, por lo que usted más quiera...

Gracián Y dale, tranquilícese y hábleme íntimamente. ¿Conque a Cádiz, eh? A Cádiz con ella... Unos cuantos días de felicidad, la apuesta ganada, y allí queda una mujer deshonrada, aquí queda un padre dolorido, y usted a pasear su cartel de triunfador, en espera de que el tiempo borre la deshonra y aplaque el dolor... ¡Muy bien, pollo!... Usted, como el burlador sevillano, debe pasar a la historia, y pasará seguramente.

Julio Señor Gracián, basta ya de ficción.

Gracián ¿Ah, pero es que prefiere usted la realidad? ¿Se empeña usted en que deje de ser el muñeco?... Pues vamos a ello. *(Cambiando de tono.)* Señor don Julio: hace tiempo se burló usted sangrientamente de una pobre criatura, carne de mi carne, vida de mi vida. La burla pudo costarle eso que lleva sobre los hombros y que usted cree que es una cabeza; pero no quise aumentar el dolor de mi hija, ni que la gente pudiese creer en lo que no existía. Ahora trata usted de coronar la burla con una infamia, y eso ya es de más cuidado. Usted mismo decía hace poco que se iba a jugar una carta peligrosa. Pues bien: sobre la mesa están, va a empezar el juego.

Julio Es que yo desisto...

Gracián Muy cómodo. Ha visto usted la puesta y quiere retirar la postura... No; hay que seguir jugando. *(Amenazador.)* ¿Me oye usted? Solamente que ahora va usted a apuntar donde yo le diga

Julio Le juro que no le entiendo.

Gracián Lo comprendo. A usted le extraña mi calma; se preguntará interiormente: ¿pero cómo no me ha cogido este hombre ya y me ha tirado por el balcón? ¿Verdad? ¿A que se está usted preguntando eso? Pues no me conviene. Con tirarle a usted por el balcón o saltarle la tapa de los sesos evito un mal, pero no el

que yo quiero; porque mi hija seguiría creyendo que usted la adoraba, que esta noche venía dispuesto a ser suyo para siempre y que yo me he interpuesto en su camino y he matado su felicidad. No, no es eeo. Yo quiero que sea ella la que lo aborrezca, la que lo desprecie, y para eso es necesario que sepa dónde iba y a lo que iba, y que lo sepa por boca de usted.

Julio *(Asustado.)* ¿De mí?

Gracián Sí, de usted. Ella ignora que el señor Pepe soy yo; no sabe nada de esta farsa... ahora va a salir dispuesta a huir con usted. Pues bien, *(Saca una browing.)* yo me vuelvo a mi silla, sobre mi tarima, sigo siendo el muñeco, y usted... usted le va a confesar toda la verdad... lo que se proponía hacer con ella... la apuesta... el abandono... todo. En la seguridad de que como vacile, como titubee, como le oculte usted algo, como trate de desfigurar el plan que se proponía llevar a cabo, *(Le apunta con la browing.)* le lleno a usted de plomo la cabeza.

Julio *(Temblando.)* Bueno, pero...

Gracián ¡Silencio, que me parece que viene!

Julio Es que...

Gracián *(Sin dejarle acabar.)* Empieza el juego... Desde allí estoy apuntando...

(Se dirige a la tarima. Por la puerta primera de la izquierda asoma la cabeza HORACIO y el brazo con un garrote y dice.)

Horacio Oiga, joven; si se presenta un entrés, avíseme, que puede que me escurra con un duro; pero ya verá usted qué duro.

Julio ¡Ah, luego es que!...

Gracián *(Desde su asiento.)* ¡Chits! Ya está ahí.

(Gracián se coloca en la misma actitud y Horacio vuelve a desaparecer. Por la derecha sale PIEDAD con un abrigo ligero, un cabds no muy grande, etc., etc.)

Piedad *(Saliendo.)* Cuando quieras.

Julio Espera... un momento...

Piedad ¿Qué esperas? ¿No estabas impaciente porque marchásemos? ¿No te ahogaba el deseo de verte muy lejos de aquí?

Julio *(Sin saber cómo decírselo y siempre mirando de reojo a la tarima de los muñecos.)* Sí... pero es que necesito decirte... hablarte...

Piedad ¿Decirme? ¿Hablarme? Durante el camino me dirás lo que quieras. ¡Apenas si vamos a tener tiempo!

Julio No, en el camino no puede ser.

Piedad *(Recelosa.)* ¿Que no puede ser?

Julio No; tiene que ser aquí.

Piedad ¿Aquí?... *(Una pequeña pausa.)* Está bien, habla.

Julio *(Siempre titubeando, como si no encontrase la palabra o el concepto.)* Piedad, yo te quiero bien... *(Mira al señor Gracián y rectifica en seguida.)* es decir, no te quiero bien, te quiero... bueno, te quiero nada más, sabes, y esta noche, cuando me dijiste en el teatro que te marchabas a América, ante el temor de perderte, te propuse una... *(Mirando al señor Gracián.)* una... una canallada...

Piedad ¿Eh? ¿Qué dices?

Julio Sí, Piedad; una canallada; otra traición, otro engaño.

Piedad ¿Pero estás hablando en serio?

Julio Completamente en serio. Si te engaño, que me den un tiro.

Piedad ¿De modo que?...

Julio Que toda la felicidad que te pintaba era una mentira para conseguir que tú escapases conmigo, que pensaba llevarte a Cádiz; pero nada más que a Cádiz, y abandonarte allí después de pasar unos días contigo.

Piedad *(Excitada.)* Julio, Julio; si estás haciendo una comedia para probar la firmeza de mi cariño, te pido por lo que más quieras que no continúes. Llévame tranquilo, llévame, seguro de que te quiero como antes te quería, como te he querido siempre... Anda, vamos.

Julio Te juro que no es comedia, que es verdad.

Piedad *(Alterada.)* ¿Eh? ¿Cómo?

Julio Lo que oyes. Había apostado con unos amigos que serías mía, y...

Piedad *(Medio loca.)* ¿Que habías apos...? No, no puede ser; tú no eres capaz de una infamia así... de una... Basta de comedia, Julio; por nuestro amor te lo pido.

Julio ¿Pero cómo quieres que te repita que no estoy fingiendo, que es verdad todo lo que te digo?

Piedad *(Con terror.)* ¿Que es verdad?

Julio Verdad.

(Hay un momento de pausa, que queda a la discreción de los actores.)

Piedad *(Casi ahogándose, pero con gran dignidad.)* Está bien; vete.

Julio Comprendo que tienes...

Piedad *(Sin dejarle acabar.)* Que te vayas te digo; por segunda vez ha entrado la traición hasta el fondo de mi alma. Antes te vendiste, ahora querías comprarme... Lo que me extraña es que la conciencia te haga desistir de tu infamia, porque ni aun conciencia creo que tengas. ¡Tal vez haya sido el miedo!

Julio La conciencia *(Mirando a Gracián.)* y el miedo; el miedo a...

Piedad No, no te sinceres; si no es menester; si no

Julio lo quiero; al contrario; quiero verte como eres, como has sido; a ver si entrándoseme en el corazón toda tu maldad, como es tanta, logra echar de él un cariño que lo llenaba todo y que en mala hora puse en ti...

Julio *(Resignado.)* Piedad...

Piedad Fraguaste la traición, y ni hombre has sido para llevarla a cabo... ¡Hasta cobarde!

Julio Es que...

Piedad Quita, déjame... no quiero verte... no mereces ni mi desprecio...

(Hace mutis por la derecha. Apenas ha hecho mutis, Gracián se levanta y avanza; por la puerta primera de la izquierda sale HORACIO seguido de MILAGROSA.)

Gracián Terminó la partida; puede usted marcharse. ¿Se ha dao la contraria, eh?

Horacio *(Acercándose a Julio.)* Y usted perdone lo

Milag. mal que he hecho de Celestina; pero es que a mí esos papeles no me van. *(A Horacio.)* ¿Verdad, rico?

Horacio A ésta le van mejor los pasionales; en «Locura de amor» está pa encerrarla.

Gracián Bueno; basta. *(A Milagrosa.)* Acompáñalo hasta la puerta.

Horacio *(En tono de burla.)* ¿Quién, ésta? Para que la rapte y se la lleve a Cádiz, con lo mal que le sientan las pescadillas... Al pollo le acompaño yo.

Gracián Lo que sea; pero pronto.

Horacio *(A Julio.)* Vamos.

Julio *(Airadamente.)* Buenas noches.

Horacio *(Siguiéndole.)* Para usted no han sido muy buenas. *(Hacen mutis por la segunda izquierda.)*

Gracián *(A Milagrosa.)* Y ahora tú, ayúdame y terminemos la farsa, que siento que me faltan las fuerzas para dominarme... Anda, alárgame el muñeco; ahí está detrás de la puerta del recibimiento.

Milag. En seguida. *(Se dirige a la segunda izquierda y saca el muñeco, que colocan entre los dos en su sitio.)*

Gracián Bien, ahora... si no, espera un poco.

Milag. Sí, hijo, sí; serénate; afortunadamente todo ha salido como lo pensaste.

Horacio *(Entrando.)* Mi madre, qué paso lleva. ¡Vaya un pollo ahuecando el ala!

Gracián *(A Milagrosa.)* Cuando quieras.

Milag. ¿Ya? *(Acercándose a la puerta de la derecha.)* Piedad, hija, sal, que está aquí tu padre.

Horacio *(También acercándose a la puerta.)* Despierta, niña, despierta.

Piedad *(Saliendo.)* ¿Que ha venido? ¿Pero si no es posible?

Gracián Pues a ver quién soy yo.

Piedad *(Echándose en sus brazos y apretándole con cariño.)* ¡Padre!

Gracián *(Reteniéndola en sus brazos.)* He podido convencer a don Rafael que me relevase del compromiso, y aquí me tienes a tu lado.

Piedad *(Agarrándose más fuerte, como con miedo.)* Y ojalá no hubiese usted intentado irse.

Gracián Ya el primer viaje que haga es el de América, contigo.

Piedad Pero pronto, muy pronto, ¿verdad?

Gracián Dentro de tres días. *(Con intención.)* Y me pesa, porque tú sentirás dejar esta tierra.

Piedad *(Decidida.)* Ahora más que nunca lo deseo; lo deseo y me alegra.

Horacio Pues a América, a América todos. El día de mi debut les voy a largar dos colmos americanos...

Milag. *(Aterrada.)* No, por Dios; que no quiero yo traerte a España embalsamado.—*(Telón.)*

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE ANTONIO PASO

La candelada, zarzuela en un acto.
El señor Pérez, ídem íd.
El niño de Jerez, ídem íd.
El gran Visir, ídem íd.
La casa de las comadres, ídem íd.
Los diablos rojos, ídem íd.
Todo está muy malo, diálogo.
Las escopetas, zarzuela en un acto.
La zíngara, ídem íd.
La marcha de Cádiz, ídem íd.
El padre Benito, ídem íd.
Sombras chinescas, revista lírica en un acto.
Los cocineros, sainete lírico en un acto.
Los rancheros, zarzuela en un acto.
Historia natural, revista lírica en un acto.
El fin de Rocambole, zarzuela en un acto.
Las figuras de cera, ídem íd.
Alta mar, juguete cómico en un acto.
Churro Bragas, parodia de «Curro Vargas».
Concurso universal, revista lírica en un acto.
Los presupuestos de Villapierde, revista política en un acto.
La alegría de la huerta, zarzuela en un acto
El Missisipí, ídem íd.
La luna de miel, ídem íd.
Las venecianas, ídem íd.
Los niños llorones, sainete lírico en un acto.
El bateo, ídem íd.
El respetable público, revista lírica en un acto.
La corría de toros, sainete lírico en un acto.
El solo de trompa, zarzuela en un acto.
El cabo López, ídem íd.
La Virgen de la Luz, ídem íd.
El pelotón de los torpes, ídem íd.
El pícaro mundo, ídem íd
El trébol, ídem íd.
El aire, juguete cómico en un acto.
La torería, zarzuela en un acto.
Gloria pura, ídem íd.

La misa de doce, entremés lírico.
¡Hule!, ídem íd.
Frou-Frou, humorada lírica en un acto.
La mulata, zarzuela en tres actos.
La reina del couplet, ídem en un acto.
El ilustre Recóchez, ídem íd.
El aire, ídem íd.
El rey del valor, ídem íd.
El arte de ser bonita, humorada lírica en un acto.
La taza de té, caricatura japonesa en un acto.
Los mosqueteros, zarzuela en un acto.
La loba, ídem íd.
La hostería del laurel, ídem íd.
La marcha real, zarzuela en tres actos.
La alegre trompetería, humorada en un acto.
Tenorio feminista, parodia lírico-mujeriega.
El quinto pelao, zarzuela en tres actos.
Los ojos negros, ídem en un acto.
Mayo florido, sainete lírico en un acto.
La república del amor, humorada lírica en un acto.
La tribu gitana, zarzuela en un acto.
El gran tacaño, comedia en tres actos.
Los hombres alegres, sainete lírico en un acto.
Los perros de presa, viaje en cuatro actos.
El paraíso, comedia en dos actos.
¡Mea culpa!, disgusto lírico original y en prosa.
Genio y figura, comedia en tres actos.
La partida de la porra, sainete lírico en un acto.
La mar salada, comedia en dos actos.
La alegría de vivir, ídem en cuatro actos.
Los viajes de Gulliver, zarzuela cómica en tres actos.
La divina providencia, juguete cómico en tres actos.
La gallina de los huevos de oro, comedia de magia en dos actos.
El verbo amar, opereta en un acto, dividido en un prólogo y dos cuadros.
Baldomero Pachón, imitación cómico-lírica-satírica en dos actos.
Pasta flora, comedia en tres actos.
El debut de la chica, monólogo en prosa.
El orgullo de Albacete, juguete cómico en tres actos.
La pata de gallo, monólogo cómico en prosa.
El potro salvaje, zarzuela cómica en un acto.
La corte de Risalia, zarzuela en dos actos.
El dichoso verano, fantasía lírica en un acto.
España Nueva, profecía cómico-lírica en un acto.
El cabeza de familia, melodrama cómico en tres actos.
La Piqueta, juguete cómico en tres actos.

El tren rápido, ídem íd. íd.
Los vecinos, entremés en prosa.
Mi querido Pepe, juguete cómico en dos actos.
Sierra Morena, boceto de sainete, original y en prosa
Las alegres colegialas, zarzuela en un acto.
El velón de Lucena, magia en cuatro actos.
La bendición de Dios, sainete en dos actos.
El Infierno, comedia en tres actos.
El asombro de Damasco, zarzuela en dos actos.
El río de oro, viaje cómico en dos actos.
El viaje del rey, juguete cómico en tres actos.
La gentil Mariana, juguete cómico en dos actos.
Nieves de la Sierra, comedia en tres actos
El Rey del Tabaco, melodrama en tres actos y un prólogo.
El niño judío, zarzuela en dos actos, divididos en cuatro cuadros.
Los cien mil hijos de San Luis, juguete cómico en tres actos.
Juanito y su novia, diablura cómico-lírica en dos actos, divididos en seis cuadros.
Muñecos de trapo, farsa cómico-lírica en dos actos.
Pancho Virondo, comedia en dos actos.
La Garduña, zarzuela en dos actos, el segundo dividido en tres cuadros.
Las aventuras de Colón, humorada lírica en dos actos, divididos en seis cuadros.
El padre de la Patria, juguete cómico en tres actos.
El pobre Rico, juguete cómico en dos actos.
Guitarras y bandurrias, sainete lírico en dos actos.
Los baños de sol, comedia en tres actos.
La caída de la tarde, fantasía cómico-lírica en un acto, dividido en tres cuadros.
El portal de Belén, entremés.
¡¡Tío de mi vida!!, juguete cómico en tres actos.
¡No te cases, que peligras!, sainete lírico en un acto y tres cuadros.
Ojo por ojo, humorada lírica en un acto, dividido en tres cuadros y un radiograma de madrugada.
Melchor, Gaspar y Baltasar, juguete cómico en tres actos
Bataclán, escenas de la vida de un payaso, en tres actos.
La guillotina, zarzuela en dos actos.

OBRAS DE JOSÉ ROSALES

El ángel del hogar, juguete cómico en tres actos.

La chiquilla, comedia en tres actos.

Deborah, ídem íd.

La flor de los montes, zarzuela en dos actos, música del maestro Salguero.

La Garduña, zarzuela en dos actos, el segundo dividido en tres cuadros, música de los maestros Soutullo y Vert.

Las aventuras de Colón, humorada lírica en dos actos, divididos en seis cuadros, música de los maestros Soutullo y Vert.

El padre de la patria, juguete cómico en tres actos.

El pobre Rico, ídem íd., en dos actos.

Los baños de sol, comedia en tres actos.

La caída de la tarde, fantasía cómico-lírica en un acto, dividido en tres cuadros, música de los maestros Soutullo y Vert.

¡No te cases, que peligras!, sainete lírico en un acto y tres cuadros, música del maestro Monterde.

Ojo por ojo, humorada lírica en un acto, dividido en tres cuadros y un radiograma de madrugada, música del maestro Luna.

Melchor, Gaspar y Baltasar, juguete cómico en tres actos.

Precio: TRES pesetas